

DUNGEONS & DRAGONS® AVENTURA SIN FIN

Tú eres el héroe de la aventura
enfrentate con dragones y espíritus malignos.
De tus decisiones depende tu supervivencia.

El Circo del Terror

Rose Estes



de

Lectulandia

Eres Laela, una huérfana, que trabajas como criada en una posada, «La Corneja Ebria», junto con tu amigo Petras.

Un día vais a ver una representación circense. Antes de que empiece la función escucháis una conversación por la que os enteráis de que el malvado propietario del circo, Bombax, ha urdido un maquiavélico plan para apoderarse de vuestro país de Greyhawk y convertirse en su gobernante. Para ello dispone de unas monstruosas criaturas que usurpan misteriosamente la personalidad del ser que él desea. El rey de Greyhawk es, por lo tanto, la próxima víctima.

Bombax os descubre y, como sabéis demasiado, os obliga a permanecer en su terrorífico circo, teniendo la oportunidad de conocer a los horripilantes seres y bestias que lo pueblan.

¿Serás capaz, Laela, de explicar esta historia a quien pueda ayudarte para desenmascarar a Bombax?

Lectulandia

Rose Estes

El circo del terror

D&D Aventura sin fin: Cubierta negra - 18

ePub r1.0

Titivillus 24.12.2017

Título original: *Circus of Fear*
Rose Estes, 1983
Traducción: Marta Pérez
Ilustraciones: Kevin Nicholls
Diseño de cubierta: Domènec Bladé

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedico este libro a Tami Hess
y a cualquier otra muchacha
que se atreva a ser una herína
así como a D. R. Miller
y al Circo Carson & Barnes



¡ATENCIÓN!

Este libro pertenece a la colección «AVENTURA SIN FIN», de «DUNGEONS & DRAGONS». Entre sus páginas encontrarás la emoción de vivir muchas aventuras en tierras y reinos fantásticos, poblados de dragones, orcos, halflings, elfos, magos, etc.

Puedes leer el libro muchas veces y llegar a distintos finales, de modo que si tomas una decisión imprudente que te conduce a un fatal desenlace, retrocede al principio y comienza de nuevo.

Este relato contiene muchas elecciones: las hay sencillas, sensatas, temerarias... e incluso muy peligrosas. Estas elecciones las encontrarás siempre al final de las páginas.

Las páginas que no tengan elecciones debes leerlas normalmente, o sea, seguidas. Además, al final de cada libro encontrarás una relación y descripción de todos los seres extraños que aparecen en el relato.

Recuerda, tú eres quien toma las decisiones, tú eres el héroe y en tus manos está tu propia supervivencia.



En este relato eres Laela, una muchacha que visita el circo con su amigo Petrus. Has venido para presenciar el espectáculo, que está cosechando un gran éxito. El maestro de ceremonias se dispone a presentar la primera atracción.

¡Damas, caballeros y niños de todas las edades! El fantástico Circo de los hermanos Bombax se enorgullece al presentarles el mejor elenco de artistas de Greyhawk, entre los que se encuentran seres mortales y monstruos extraordinarios. Les asombrarán, les interesarán, les deleitarán y les asustarán.

—Y ahora les rogamos que presten atención a la gigantesca jaula de acero preparada en la arena central. Podrán contemplar el torbellino de furia que provocarán los felinos maulladores de negras crines y los temibles asesinos de la jungla —enemigos mortales por naturaleza— ¡bajo la dirección del magnífico Rebus Romney!

—Laela, apresúrate o llegaremos tarde. Creo que ya ha comenzado —te reprende Petrus.

—No podemos irnos —protestas—. Es un pecado encadenar a un pegaso. Entra tú. Yo te seguiré dentro de unos minutos, después de acariciar a este precioso animal.

—Niños, ¿qué estáis haciendo? —os increpa un hombre corpulento que acaba de aparecer en el claro—. Soy Bombax, el propietario del circo y también de ese pegaso. ¡Dejadlo en paz!

—Sólo le hacemos compañía.

—¿No le alimentan nunca? —pregunta Petrus.

—¡Por supuesto que lo hacemos! Pero se niega a comer. He malgastado en ese equino cinco mil monedas de oro, y espero que no tarde en morir —explica el fornido individuo, golpeando la piel del frágil pegaso con sus torpes y grasientos dedos.

—¡Pero no puede abandonarlo a tan triste destino! —exclamas horrorizada—. ¿Por qué no le devuelve la libertad?

—¡Jamás! Lo he comprado y es mío. Si no me obedece, su fin está sentenciado: lo disecaré para colocarlo en las casetas de las criaturas monstruosas. Pero eso es algo que sólo me concierne a mí de modo que alejaos de aquí y dejad de meteros en los asuntos ajenos —ruge el hombre, obligándoos a retroceder.

—¡Petrus, tenemos que hacer algo!

—¿Como, por ejemplo, romper sus cadenas? —pregunta tu amigo, mientras camináis hacia la iluminada carpa central.

—¿Crees que lo conseguiríamos? —le susurras.

Cobijándose en las sombras, Petrus abre la mano. En su palma hay una llave de plata.

—¡Petrus! —gritas rodeándole el cuello con tus brazos—. Siempre temo que te atrapen, pero hoy me alegro de que poseas esa rara habilidad para vaciar bolsillos. ¿Lo intentamos ahora mismo?

—No, este lugar está demasiado concurrido. Lo mejor será asistir al espectáculo. Cuando termine y todos vayan a acostarse, nos acercaremos al infortunado equino para soltarlo.

—Pero, Petrus, cuanto más tiempo tardemos en llegar a casa peores serán los problemas a los que tendremos que hacer frente.

—¡No utilices esa palabra! —te espeta Petrus—. En las casas reina el amor, y que yo sepa nadie me profesa el menor cariño en La Corneja Ebria. De todos modos, nos propinarán una paliza cuando regresemos, de modo que poco importa un minuto más o menos. Ven, veamos las atracciones. —Asiéndote por el brazo, Petrus te arrastra al interior de la carpa.

Durante un tiempo tu hambre y la sensación de soledad que te invade se desvanecen, conjurados por la magia del circo. Sólo cuando se disipan en el aire las notas de la trompeta que anuncia el final te agitas en el duro banco de madera.

—¿Ahora, Petrus? —preguntas.

—Esperemos hasta que hayan desmontado las tiendas. Es una lástima que se vayan mañana. Pienso que sería divertido unirse a ellos para conocer casi cada día lugares nuevos y personas distintas.

—Cállate, Petrus, la sola idea me produce escalofríos —dices con un incontrolado temblor.

En el exterior una densa niebla lo cubre todo con su fantasmal manto. Se perfilan en la bruma unas inmensas siluetas que se alzan a una altura imponente sobre vuestras cabezas.

—Mastodontes —declara Petrus sin vacilar—. Ellos son los que derriban los pilares de la carpa. Fíjate.

Destacándose contra el resplandor de las oscilantes antorchas, las descomunales criaturas van de un lado a otro cargadas de pértigas. Incluso enrollan la lona con su paso cansino. De pronto, imponiéndose a los gritos de los animales, oyes el retumbar de un trueno.

—Me temo que tenemos tormenta, Petrus.

—Tanto mejor para nosotros —responde tu amigo y, cuando empiezan a caer las primeras gotas de lluvia, señala un carromato rojo adornado con unos dibujos dorados—. Nos esconderemos allí hasta que todos duerman.

Os colocáis bajo la casa ambulante, acomodándoos lo mejor posible. Cuando empiezas a dar cabezadas, vencida por el cansancio, te sobresaltan unos pasos por encima de vosotros.

—Hoy todo ha salido a pedir de boca —declara una áspera voz—. Sólo cuatro hombres se interponen entre nosotros y el control absoluto de Greyhawk.

—¿Crees que lo conseguiremos? —pregunta, nerviosa, una segunda voz—. Esos individuos no son estúpidos.

—Clusia, no puede fallar. Nadie conoce nuestras intenciones, salvo tú, yo y los sustitutos. Lo único que has de hacer es preparar para mañana a los siguientes usurpadores. Verás como nuestra estratagema surte el mismo efecto de siempre. Dos autoridades entran en la tienda de la adivina y en un santiamén, como por arte de magia, salen sus réplicas exactas, tanto en el porte como en los ademanes, aunque con una sustancial diferencia: los dobles obedecen nuestras órdenes.



—Sólo me preocupa la posibilidad de que surja un contratiempo, Bombax.

—Tranquilízate, yo me encargo de supervisar la ejecución de nuestros planes — insiste la voz profunda, añadiendo con tono amenazador—: Mataré a cualquiera que ose inmiscuirse.

—Vamos, Laela, salgamos de aquí —susurra Petrus, al mismo tiempo que se desliza hasta el otro extremo del vehículo para abandonarlo sin que los que hablan os vean.

Sin que os importe la fina lluvia, corréis en pos del pegaso. Mientras tú te abrazas a su cuerpo húmedo y tembloroso, Petrus, con sus hábiles dedos de prestidigitador, introduce la llave en el candado.

—¡Rápido, amigo! —lo apremias cuando uno de los mastodontes emite un grito que podría propagar la alarma.

—¡Lo estoy intentando, pero se ha atascado! —protesta Petrus en el momento en que un rayo parece hender la bóveda celeste.

Estrechas tu cuerpo contra el de la bella criatura. Ves que una lágrima furtiva se desliza por su hocico. Cuando la tocas con el dedo, su acuosa textura se transforma en cristal y cae sobre tu mano, donde permanece inmóvil como una refulgente estrella. Asombrada, contemplas los argénteos ojos del pegaso.

—Nunca te olvidaré —susurra—. Desde hoy formarás parte de mi ser. Si necesitas mi protección o mi presencia, no tienes más que acariciar la lágrima o formular un deseo.

Otro relámpago surca el aire, muda de pánico, ves que la puerta del carromato rojo se abre bruscamente. Un rugido de ira brota de los labios de Bombax cuando, acompañado por el maestro de ceremonias, se debate para atravesar el angosto dintel.

—¡Alto! —vocifera Bombax.

Su advertencia llega demasiado tarde. Con un sonoro chasquido metálico, el candado se abre y caen las cadenas.

—¡Huye sin perder un instante! —azuzas al prisionero.

—No te olvidaré —insiste el pegaso antes de desplegar sus emplumadas alas y desvanecerse en la húmeda noche.

—¡Corre, Laela! —te ordena Petrus avanzando a trompicones sobre el enfangado suelo. Sin embargo, tú permaneces hierática como una estatua, sin dejar de observar el lejano punto por donde ha desaparecido el equino volador. De pronto una pesada mano descarga su peso sobre tu hombro, obligándote a volverte para enfrentarte a Bombax.

—¡Acabas de costarme una fortuna, bribona!

—¡No me importa! Ahora es libre y no puedes volver a lastimarlo. Ignoro qué vas a hacer conmigo, pero ha merecido la pena —replicas desafiante.

—¡Déjala tranquila! —vocifera Petrus abalanzándose contra Bombax y aporreando su enorme cuerpo con ambos puños. El propietario circense agarra con su manaza la espalda de tu compañero y estira el brazo, sosteniéndolo en el aire.

—Clusia, ve a llamar al alguacil. Le entregaremos al muchacho para que lo ahorque.

—Y tú vuelves a casa, niña —te ordena, tras apartarte de un empujón—. Puedes dar gracias a tus dioses de que no te utilice como menú de uno de mis monstruos.

—No —repones con voz serena pero decidida—. Suelta a Petrus o hablaré.

Bombax emite un extraño gruñido y se inclina hacia tu rostro.

—¿De qué vas a hablar, pequeña? —inquire.

—Estábamos debajo del carronato y hemos oído vuestra conversación. Devuélvenos la libertad o estoy segura de que alguien estará interesado en escuchar tan asombrosa historia.

Bombax estira los pliegues que ha formado su túnica sobre su propio estómago y dice con aparente calma:



—Clusia, busca un lugar donde puedan pasar la noche nuestros huéspedes. Ya sabes, algún rincón seguro.

—¡Patrón, mátales o serán nuestra ruina!

—¡Obedece mis órdenes! —ruge Bombax, antes de arrojaros a ambos en los brazos del maestro de ceremonias y alejarse sin prisa.

—Todo tengo que hacerlo yo —farfulla Clusia, mientras os arrastra hasta un estrecho carromato. Y, empujándoos al interior, cierra la puerta con llave.

—Laela ¿por qué los has amenazado en lugar de escapar cuando aún podías? —se lamenta Petrus en la oscuridad.

—No tenía adonde ir, ni habría soportado vivir en La Corneja Ebria sin tu compañía. Además, no te habrías metido en este embrollo de no ser por mí. Yo soy la única culpable de que estemos encerrados —explicas, rompiendo en sollozos.

—No te atormentes, Laela. Y seca esas lágrimas.

Petrus te rodea con sus brazos y te consuela, hasta que logras contener el llanto.

—Durmamos un rato. Mañana la situación no nos parecerá tan terrible.

Antes de abandonarte a un inquieto sueño, ensartas el mágico cristal del pegaso en un cordel y te lo ciñes al cuello.

Durante la noche te despiertan varias veces gritos de hombres y de animales. De pronto el carromato se pone en marcha. Pero sus rítmicos movimientos te acunan de tal modo que no tardas en volver a dormirte hasta que al fin abres los ojos y adviertes que la luz del día se filtra por entre las grietas de sus paredes. El vehículo se ha detenido. Poco después se abre la puerta.

La enorme figura de Bombax se dibuja entre el brillante fulgor solar, sin que aciertes a distinguir sus facciones en el contraluz.

—Me habéis costado cinco mil monedas de oro y además he tenido que soportar vuestras amenazas, pero ¿acaso estoy enfadado? ¡No! «¿Por qué no?», os preguntaréis. Porque el bueno de Bombax es una persona de gran corazón, que quiere a todo el mundo.

El descomunal individuo te acoge entre sus brazos y añade:

—Voy a proponeros un trato ventajoso. ¿Qué os parecería uniros al circo? Formamos una familia feliz. Estoy seguro de que os gustaría vivir con mis muchachos. Os alimentaremos, cuidaremos de vosotros y os enseñaremos una profesión. Podréis trabajar hasta saldar la deuda que habéis contraído conmigo y luego abandonarnos si lo preferís. Os dejo para que lo discutáis. No tardaré en volver.

Cuando Bombax vuelve a cerrar la puerta, aguzas el oído para captar la conversación que sostiene con Clusia en la escalerilla. Sin embargo, sólo distingues unas palabras ahogadas:

—No importa... decidan... accidente definitivo...

Al cabo de un rato, el patrón regresa para preguntar qué habéis acordado.

—¿Qué haríamos en el circo? —inquiere, receloso, Petrus.

1. —Puesto que os gustan los animales, podríais aprender a domesticarlos. Pasa a la página 47.
2. —¿Por qué no os entrenáis en el trapecio? Pasa a la página 103.
3. —Os ofrezco un número especial en las casetas laterales. Pasa a la página 86.

Aunque intentas desesperadamente agarrarte a Petrus, tus manos siguen deslizándose. En un último gesto, acaricias la lágrima de cristal que pende de tu cuello ensartada en un cordel.

Mientras te precipitas a una velocidad de vértigo hacia el «espía», tras desprenderte de los blancos dedos de tu compañero, deseas con fervor que aparezca el pegaso.

Sientes una ráfaga de viento y algo sólido debajo de tu cuerpo. Al inclinar la cabeza, ves un lomo plateado flanqueado por un par de alas extendidas. Abrazándote con todas tus fuerzas a la brillante testuz, entierras el rostro en la ondulada crin y rompes en sollozos de felicidad.

El equino traza dos o tres círculos de carpa, planeando y surcando el aire como no lo ha hecho ningún pájaro desde el principio de los tiempos. Al fin, tu salvador desciende hacia la arena y aterriza en la pista central.

—¿Quieres permanecer en el circo? —te pregunta, inquieto.

—Debo hacerlo —respondes.

—En este caso, despedámonos aquí. No me llevaré el cristal, porque este es un lugar de maligno influjo, donde corres incesantes riesgos. Mi promesa me vincula a ti con una fuerza más inquebrantable que cualquier cadena, de modo que si vuelves a necesitar me acudiré presto en tu auxilio. ¡Buena suerte! —susurra el pegaso antes de levantar el vuelo, agitando sus emplumadas alas.

Una lluvia de aplausos te saluda: Cuando el perplejo público se sume de nuevo en el silencio, Clusia proclama:

—¿No es fantástico, damas y caballeros? ¡Sólo en el Circo de los hermanos Bombax puede presenciarse un número como el que acaban de ofrecernos Laela y el pegaso! ¡Propongo una nueva ovación para nuestra osada trapecista! ¡Y otra para el increíble pegaso!

Respondiendo a los calurosos vítores de los espectadores, haces una profunda reverencia. Al poco rato logras escapar de la iluminada pista para reunirte con Petrus en la fresca y agradable noche.

1. —Espero que te hayas convencido —declara Petrus muy disgustado—. Esta vez nos ha sonreído la fortuna, pero Bombax hará todo lo posible para que no volvamos a escapar. ¡Abandonemos el circo antes de que sea demasiado tarde! —Si lo escuchas, pasa a la página 148.
2. —Verás Petrus. Ha sido culpa mía, pues olvidé utilizar la resina. Creo que debemos quedarnos. —Si es eso lo que dices, pasa a la página 32.

Con las lágrimas nublando tu visión, das media vuelta y sales a toda prisa de la lona.

—¡Socorro! —exclamas corriendo por entre los carromatos.

—Supongo que encontrará a alguien dispuesto a ayudarla. Suele haber almas bondadosas en todas las esquinas en estos tiempos que vivimos. Pero para entonces será ya demasiado tarde —dice Bombax con un siniestro chasquido, observándote junto a Clusia desde detrás de un tambor pintado con alegres colores.

—Lo ocurrido nos costará caro. Tendremos que sustituir a Romney y al oso-lechuza —farfulla Clusia, señalando con el dedo el débil forcejeo que tiene lugar debajo de la red—. Pero al menos no habrá que alimentar al «espía» durante un mes.

—Una ciudad más y dejarán de importarnos las finanzas de este circo —responde Bombax—. Salgamos de aquí antes de que vuelva la muchacha con ayuda, y tengamos que anunciar a todos que se ha producido un terrible accidente. Además, no creo que debamos preocuparnos por esa niña. Lo más probable es que no pueda hacer nada para perjudicarnos.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Empezaremos esta noche —declara Petrus—, pero tendréis que enseñarnos cómo actuar.

—Lo primero que hay que hacer es completar el maquillaje. Momo, ocúpate de Laela, mientras yo embadurno a Petrus. —Te cubres el cuerpo con una ajustada malla. Gracias a los hábiles dedos de Momo, cada milímetro de tu cuerpo queda oculto bajo el emplasto que forma la viscosa pasta. Recoges también tu cabello bajo una tirante media, antes de aplicar el ungüento en esa zona. Te contemplas en un espejo y no puedes contener las lágrimas.

—¿Volveré a ser normal? ¿Se desprenderá esta repugnante capa? —susurras temerosa.

—No llores, querida —te consuela Momo—. Se trata tan sólo de un disfraz que puedes eliminar a voluntad con agua y jabón. Piensa que quizá te salve la vida. Verás como recobras el ánimo. Además, debemos apresurarnos. No tardarán en abrirse al público las casetas.

—Laela, ¿no me encuentras guapo? —pregunta Petrus surgiendo de pronto de detrás de un árbol.

Helix os lleva hacia las lomas. De ese modo ahorra a tu amigo la impetuosidad de tu respuesta.

—Recordad —os recomienda— que no debéis hablar, sino simplemente moveros, para que el público sepa que estáis vivos.

Mientras camináis arrastrando los pies por la avenida central, ves a Bombax junto a una tienda de rayas.

—Aquí es donde vive la adivina —explica Helix—. Os ruego que no hagáis ninguna tontería y os limitéis a seguirme la corriente, aunque lo que diga os parezca extraño o absurdo. Tened presente que no sois Laela y Petrus, sino unas momias vivientes que han paseado por doquier su horrendo aspecto desde que nacieron.

—¡Hola, Bombax, te buscaba! —saluda Helix al patrón con sonriente ademán—. Quiero presentarte a nuestras nuevas anomalías. Se unieron a nosotros hace un par de días. Esta noche inician su actuación en el espectáculo.



—¿Qué es lo que veo? —farfulla Bombax volviéndose hacia vosotros—. Me alegro de contar con semejante espectáculo. Siempre resulta atractivo para los incautos. —Sus negros ojos de acerada expresión os escudriñan con tal celo que temes que os reconozca a pesar del disfraz.

Cuando sientes que no puedes refrenar por más tiempo tu creciente impulso de apretar a correr, Bombax pregunta a Helix:

—¿Qué has hecho con los niños que te envié hace un rato? Tengo ciertos planes para ellos.

—¿Niños? —repite Helix aparentando perplejidad y rascándose la calva—. ¿De qué niños me hablas?

—¡Del muchacho y la jovencita que te he mandado, necio! —ruge el patrón.

—Yo no he visto más niños que los espectadores que vienen a vernos desde la ciudad —insiste Helix—. Quizá aparezcan más tarde. Si es así, te lo comunicaré al instante. Ahora debemos irnos. Se acerca la hora del estreno.

—¡Esperad! —ordena Bombax situándose frente a ti—. ¿Cómo te llamas? —inquire.

Se te hace un nudo en la garganta. Si hablas, Bombax te identificará. Ves que Petras avanza hacia ti. Comprendes que debes actuar antes de que cometa alguna imprudencia.

1. [Si quieres valerte del engaño para salir del apuro, pasa a la página 123.](#)
2. [Si prefieres dejar que Petrus haga algo, pasa a la página 142.](#)
3. [Si estás demasiado asustada para intentar nada salvo la fuga, pasa a la página 97.](#)

—¡No, majestad, no lo escuchéis! ¡Miente, quiere mataros! En las casetas hay usurpadores de personalidad que os reemplazarán cuando hayan acabado con vos. ¡No debéis ir! —exclamas.

—¡Caramba con la imaginación de los niños! En el fondo es deliciosa, ¿verdad, majestad? —interviene Bombax, al mismo tiempo que alarga la mano para pellizcarte.

—¿Qué decías, niña? Repítelo, pero con más calma, para que pueda entenderlo — ordena el rey.

—No os preocupéis —se apresura a responder Bombax en tu lugar—. Sus palabras son fruto de la excitación de su número. Estará más tranquila cuando haya dormido una larga siesta. Esa absurda historia no contiene más verdad que si yo afirmara que puedo volar.

Antes de que concluya su frase, uno de los pegasos lo agarra por el cuello de la camisa y lo alza en el aire. Como una sombra, el segundo equino atrapa a Clusia y emprende también el vuelo.

—¡Socorro! —vocifera el maestro de ceremonias—. ¡Si no me sueltas, prometo hablar!

—¡No, Clusia, es una burda estratagema! —atruena Bombax—. ¡Mantén la boca cerrada!

En ese instante, y ante tus espantados ojos, los pegasos dejan caer a Bombax y a Clusia. Los perversos individuos se precipitan hacia el suelo, lanzando alaridos de terror.

—¡Confesaré! —grita Clusia una y otra vez hasta que, con una gran rapidez, ambos animales se lanzan en picado y detienen a los truhanes en el último segundo.

Temblando de pánico, Bombax y Clusia cuentan la historia de su traición.

—¡Bien! —dice el monarca acariciándose la barba—. Al parecer, se ocultan en este lugar más villanías de las que cabe imaginar a simple vista. Guardias, llevaos a este par de bribones y encerradlos en algún rincón desagradable hasta que decida qué castigo voy a infligirles.

—Y ahora, mis jóvenes amigos, debo ocuparme de vosotros. ¿Dónde están vuestros padres? ¿Qué voy a hacer con unos niños nómadas?

—No sabemos quiénes son nuestro padres, señor. Si los tenemos, nunca hemos

oído hablar de ellos. Siempre hemos vivido y trabajado como criados en La Corneja Ebria, hasta que escapamos y nos instalamos en el circo. De todos modos, no deseamos volver. Preferiríamos quedarnos y convertirnos en trapeceistas —explica Petrus.

—Pero no puedo dejaros aquí sin que nadie cuide de vosotros. Sois demasiado jóvenes para gozar de una total independencia —opone el rey.

—Os ruego que me escuchéis, señor —interviene Bebiana—. Quizá pudiera encargarme yo de su tutela. Catcher y yo estaremos encantados de acogerlos en nuestra familia. Después de todo, les debemos la vida.

—Sí, creo que sería una solución satisfactoria —accede el soberano, tras una breve reflexión—. ¿Aceptáis la propuesta de este hombre, niños?

Ambos miráis perplejos a Bebiana. Cuando os arrojáis en sus brazos, oís que farfulla:

—Por supuesto, mi nombre figurará siempre en la cabecera del cartel.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Examinando el pequeño carromato, descubres una pesada banqueta y te haces con ella. Entretanto, Petrus ha asido un cubo de madera y ha derramado el agua que contenía.

—Espero que resulte —dice. Y ambos empezáis a aporrear las paredes gritando con todas vuestras fuerzas.

Vuestros gritos y vuestros golpes se prolongan durante largo rato, hasta que os duelen las manos. Entonces vuestros alaridos se convierten en ahogados susurros.

—¿Qué hacemos ahora, Petrus? —preguntas con la garganta reseca.

—No sé. Estaba convencido de que alguien nos oiría.

—Estamos en un lugar apartado y, sin duda, la algarabía del circo sofoca el ruido que podamos hacer —farfullas con una creciente tensión.

—Intentémoslo por última vez —propone tu amigo.

No tardas en desmoronarte, presa de una abrumadora debilidad en los brazos. En el instante en que te sumes en la oscuridad del carromato, una voz dice desde el exterior:

—¿Qué ocurre ahí dentro? ¿Va todo bien?

Abres la boca para hablar, pero no articulas más que un áspero gruñido.

—¿Sucede algo, Anomura? —pregunta una segunda voz.

—No estoy seguro. Pasaba junto a este carromato cuando me pareció oír unos golpes en las paredes, así que he llamado a sus posibles moradores. Como no he obtenido respuesta, debo concluir que ha sido una falsa alarma.

—¿Sabes dónde puedo encontrar una cuerda recia? El tercer cabo de la carpa central se ha quebrado y tengo que reemplazarlo enseguida.

Cuando los ecos de la conversación empiezan a disiparse, agarras tu banqueta y, poniéndote en pie, la estrellas contra el muro, valiéndote de las últimas fuerzas que aún te quedan.

—¡Por todos los diablos, ya empieza de nuevo! ¿Quién podrá provocar ese alboroto? Si hay alguien encerrado ahí dentro, lo lógico es que pida socorro. ¿Por qué no habla?

—La razón es bien sencilla, compañeros —irrumpe una tercera voz—. Ésa es mi carreta, y acabo de comprar dos monos que me propongo adiestrar para trabajar con ellos en el circo. Si nadie os contesta, es porque los simios carecen del don de la

palabra.

—Me parece una explicación satisfactoria —declara la primera voz.

—Vamos, Anomura —le apremia su invisible amigo—. Te ayudaré a buscar esa cuerda.

Tus últimas esperanzas de ser rescatada empiezan a desvanecerse. Debes hacer algo o todo se habrá perdido. Se te ofrecen tres opciones:

1. Utilizar la lágrima de cristal para llamar al pegaso, pasa a la página 36.
2. Golpetear la pared marcando un ritmo que escape a las posibilidades de cualquier animal, pasa a la página 93.
3. Abandonar y esperar acontecimientos, pasa a la página 143.

Bajo tu inquieta mirada, Catcher se da impulso para cobrar altura, con sus largos brazos extendidos en actitud de recoger al trapecista.

Acompañado por un largo redoble de tambores, Bebiana vuela por el aire, se dobla sobre sí mismo hasta convertirse en una pelota humana, da cuatro volteretas y, estirando el cuerpo, se deja atrapar por Catcher.

—¿Lo ves, Laela? Te has equivocado. No ha ocurrido nada.

Pero no lo escuchas. Estás demasiado absorta observando al simio. En lugar de soltar al acróbata, el animal sigue sujetándolo con fuerza.

Incluso el público se da cuenta de que algo va mal cuando ve que Bebiana forcejea en las garras de su ayudante.

De pronto Catcher se encarama a la barra del trapecio sin desprenderse de su carga. La hirsuta criatura permanece unos instantes inmóvil, escudriñando el suelo como si buscara a alguien, hasta que sus ojos se cruzan con los de Bombax. El siniestro individuo se halla aún oculto en las sombras. Comprendes que es algo más que una mirada lo que intercambian: quizás un mensaje o un hechizo.

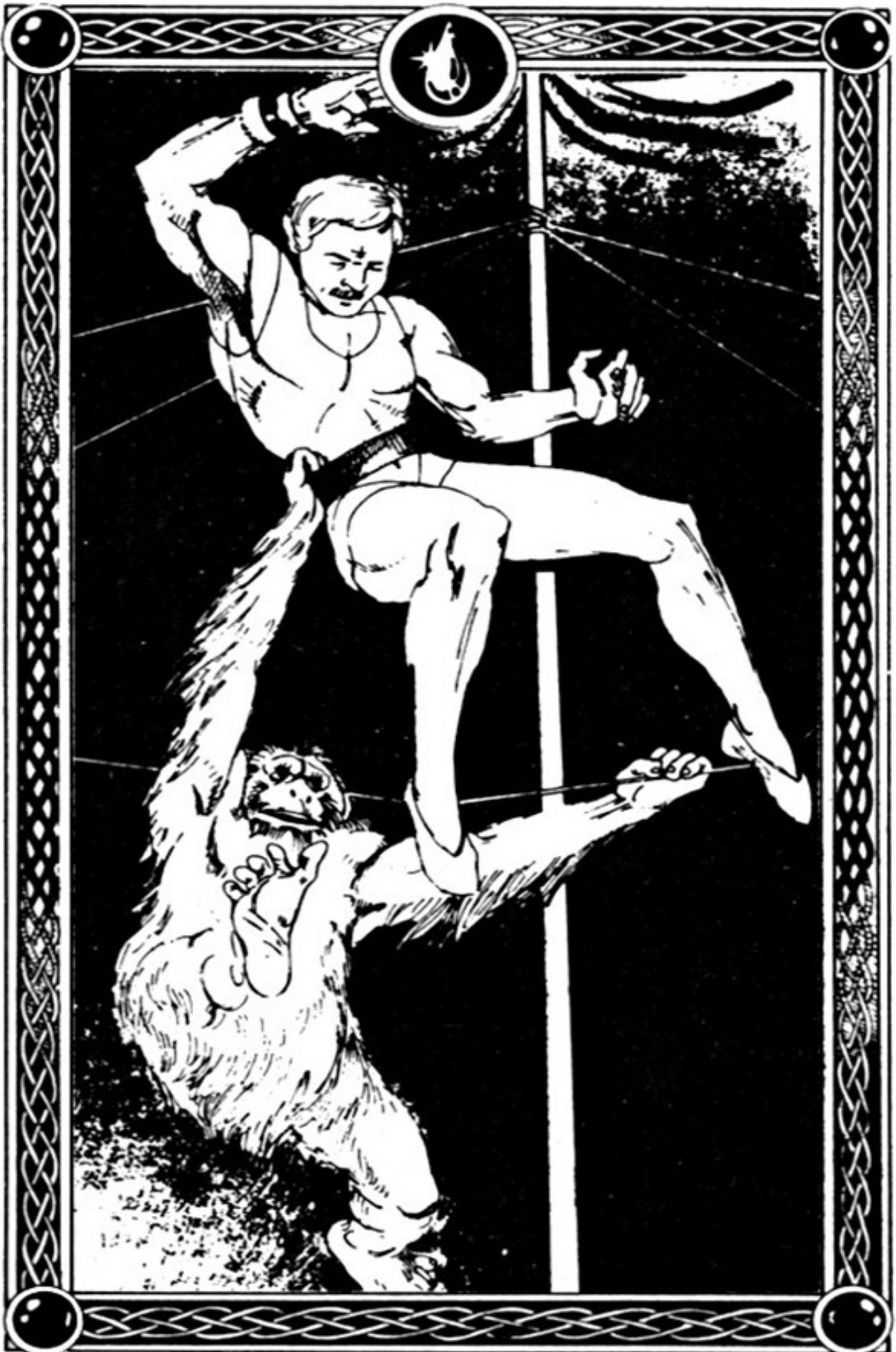
Catcher lanza un agudo grito que te hiela la sangre en las venas y, levantando a Bebiana en el aire, se lo cuelga del hombro, como si fuera una muñeca de trapo, para escalar las cuerdas del trapecio en dirección a la lona.

—¡Baja de ahí, Catcher! —gritas asustada.

Pero el mono continúa avanzando hacia los finos cables que surcan la carpa en un aéreo entramado. Tras saltar del trapecio, se aferra a una cuerda y trepa hacia el exterior.

El griterío del público resuena en tus tímpanos. Ves que Bebiana se retuerce presa del pánico al saberse suspendido del hombro de Catcher a gran altura sobre la arena.

Al fin el simio se detiene, agarrándose como puede a los finos cabos que se extienden en todas direcciones desde la cúspide del mástil central. Por primera vez el animal parece percatarse de dónde se encuentra y, afianzándose con las piernas a su frágil agarradero, lanza una mirada hacia la pista y empieza a emitir lastimeros gemidos.



Los espectadores ahogan una exclamación de terror cuando Bebiana se desliza y permanece colgado de las yemas de sus dedos durante un instante que se hace interminable. Pero, ayudándose de un salvaje alarido, se encarama por el cuerpo del histérico simio, que no deja de vociferar mientras intenta liberarse de su amo. El hombre y la bestia se revuelven en una terrible lucha. Estás segura de que uno o ambos acabarán por precipitarse a una muerte segura. Sin embargo, un inesperado milagro hace que los dos acróbatas logren sujetarse a la delgada cuerda.

—Diez monedas de oro a quien consiga rescatarlos —ofrece el rey.

1. —Petrus, tenemos que hacer algo. Propongo que tratemos de alcanzarlos con el trapecio, —pasa a la página 135.
2. —Todo esto es obra de Bombas —afirma Petrus—. Si subimos, también nosotros nos arriesgaremos a morir, de modo que ha llegado el momento de irnos, —pasa a la página 148.
3. —No hallarás una ocasión mejor para utilizar la lágrima —te sugiere Petrus, pasa a la página 116.

Estrechando aún la mano de Petrus, te incorporas como te han ordenado y empiezas a rodear la mesa en pos de la adivina. Cuando tu compañero te da un tirón en el brazo para invitarte a retroceder, lo miras fijamente y lo exhortas en silencio a que te siga. Parece comprender, y continúas avanzando sin el menor titubeo.

—¡Excelente! Si me obedecéis, todo saldrá a pedir de boca —dice la adivina.

En el momento en que extiende la mano hacia ti, arremetes contra la mesa y la vuelcas sobre ella. La sorpresa de tu ataque hace que la bruja se tambalee y se desplome, cayéndole encima la tabla de madera y una lluvia de cartas.

Antes de que acierte a recuperar el equilibrio, abandonáis la tienda a todo correr. Como imaginas que no tardará en propagarse la alarma, no dejas de zigzaguear entre los grupos de visitantes que atestan la avenida central, hasta encontrarte a salvo en el carromato de Helix y Momo.

—¡Por los dioses! ¿Qué ha ocurrido? Se diría que habéis visto un fantasma —exclama Momo al entrar en el vehículo, que se balancea con su enorme peso. Te arrojas en sus brazos entre incontenibles sollozos.

—¡Oh, Momo —te lamentas con voz entrecortada—, ha sido terrible! La gente nos miraba como si fuéramos auténticos monstruos, la adivina casi nos ha atrapado entre sus garras y... y he perdido mis golosinas.

—Cálmate, pequeña, enjuga tus lágrimas —te tranquiliza la oronda matrona acunándote con dulzura—. No te preocupes por lo que digan los demás. Por sí solas, unas simples palabras no pueden lastimarte.

—Pero ¿y la adivina? —le recuerda Petrus—. Debe saber quiénes somos.

—Ésa es otra cuestión. Será mejor que hablemos con Helix para que nos oriente —declara Momo.

—Quizá la situación no sea tan inquietante como imagináis —dice Helix, más tarde, frunciendo el ceño en actitud pensativa—. En ocasiones las cosas se nos antojan peores de lo que son en realidad. No conozco a *madame* Leone. Nunca se mezcla con sus compañeros de circo. Podría ser tan perversa como Bombax o bien haberse convertido en un instrumento involuntario de sus maquinaciones.

—Pero Helix, ha tratado de apresarnos —replica Petrus.

—No puedes estar seguro. Hay muchas maneras de juzgar su proceder. No se debe emitir un veredicto si no se está en posesión de todos los datos.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntas.

1. —Volved a la tienda e interrogadla. —Si obedeces, pasa a la página 64.
2. —Escondeos en las inmediaciones del carromato y vigiladla antes de tomar una decisión. —Si te parece lo más sensato, pasa a la página 133.

—Petrus, no podemos huir abandonando a Romney a su suerte —protestas indignada cuando tu compañero te arrastra al exterior—. Ha sido bueno con nosotros.

—Lo sé, pero no hay manera de salvarlo. Seríamos devorados.

—Primero el kamadán y ahora los osos-lechuza. Bombax se ha propuesto matarnos. Está claro que no reparará en medios para conseguirlo. Intentó engatusarnos para que creyéramos estar a salvo y de ese modo le facilitásemos el camino.

—Nos ocultaremos en el bosque hasta que se vaya el circo, y luego emprenderemos viaje hacia alguna ciudad.

—No es lo que había planeado, pero aún no está todo perdido —declara Bombax saliendo de detrás de la lona—. Clusia, parte en su busca con los usurpadores y asegúrate de que nunca abandonen el bosque. Lamento lo que le ha ocurrido a Romney. Ahora tendré que reemplazarlo a él y al oso-lechuza.

—Son gajes del oficio. Nadie ha dicho que la vida del circo sea fácil.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Los hombres cangrejo deambulan afanosos desmontando la lona, doblando los asientos de madera y atando postes en haces compactos. Acercándote al trabajador más próximo, le preguntas:

—¿Podrías ayudarnos? Acabamos de unirnos al circo y no tenemos un lugar donde dormir.

—Hablad con Anomura. Está en la pista central —responde el hombre cangrejo.

Anomura se encuentra donde os han indicado, dirigiendo la actividad. Tiene el cuerpo fornido y musculoso, rematado por unas pinzas y una aguileña nariz de aspecto tan siniestro que empezáis a retroceder sin decir una palabra.

—¡Hey, vosotros! ¿Acaso pretendéis escabulliros? ¡Acercaos ahora mismo! Sois los niños que habéis sumido al «espía» en un profundo sueño, ¿verdad?

—S-sí señor —balbuceas temerosa.

—¡Fantástico! Siempre he admirado el valor. Espero que me contéis cómo lo lograsteis. Esa maldita criatura ha devorado ya a seis de mis hombres esta temporada. ¿Qué hacéis aquí? Deberíais estar descansando.

—La cuestión es que no nos han asignado ningún carromato, y pensamos que podrías solucionar nuestro problema.

—Os propongo un trato. Vosotros me explicáis cómo habéis dormido al «espía» y yo me ocupo de buscaros cobijo.

—Me parece justo —accede Petrus. Sin extenderse en los pormenores, le cuenta la historia.

—¡Excelente! —os aplaude Anomura—. Tenemos acceso a ese vehículo, aunque antes de que lo ocupéis debo confesaros que os habría acomodado sin necesidad de que me revelaseis el secreto. Cualquiera que enfurezca a Bombax se convierte en mi amigo.

—¿Por qué trabajas para él, si lo detestas tanto? —inquieres.



—No tengo otra alternativa —se lamenta el extraño personaje—. Hace cuatro años, Bombax arrasó nuestro pueblo y nos capturó. Esa criatura se llevó a todos los hombres que estaban en condiciones de trabajar y encomendó el control de nuestras mujeres e hijos a un grupo de sahuquins o diablos marinos. Si no obedecemos, enviará un mensajero a los sahuquins con orden de asesinar a nuestras familias, de modo que continuamos sirviéndole, aunque permanecemos al acecho de la primera oportunidad que se nos presente para desquitarnos. ¡Llegará nuestra hora! —concluye con amargura.

—Quizá podamos ayudarnos mutuamente —declaras y, consultando a Petrus con la mirada, le relatas desde el principio vuestras vicisitudes.

—¡Chitón! —te interrumpe Anomura—. En este lugar abundan los curiosos hostiles. ¡Seguidme!

El hombre cangrejo abre la puerta de un largo carromato y os invita a entrar.

—Nuestra morada no es la más adecuada para vosotros, pero os podéis quedar hasta mañana. Aquí nadie os hará el menor daño. Además, es un rincón seguro, donde se puede hablar con tranquilidad, lejos de oídos indiscretos.

Por turnos, acabáis de contarle los planes que han fraguado Bombax y Clusia para conquistar Greyhawk.

—Esos seres no se contentan con mundos pequeños como el nuestro —dice Anomura—. Tienen que destruir a muchas criaturas para sentirse satisfechos. ¿Conoce Bebiana esta historia?

—¡No! ¡Sólo se interesa por si mismo! —exclama Petrus indignado.

—Bebiana es una buena persona —replica Anomura—. Lo que ocurre es que hay que saber cómo tratarle. En cualquier caso, creo que deberíais ponerle en antecedentes. Ahora voy a dejaros solos. Quiero hablar con mis hombres. Quizá cuando llegue la hora de la venganza podamos prestarnos auxilio unos a otros. Espero que durmáis bien.

Cuando cierra la puerta tras él, examinas el entorno con cierta curiosidad.

—Me alegro de que esté de nuestra parte —comenta Petrus—. Pero no estoy de acuerdo con él respecto a Bebiana. Y, cambiando de tema, ¡qué mal huele este carromato!

—Sólo a pescado —dices olisqueando el aire húmedo e impregnado de sal que respiráis.

—¿Dónde vamos a dormir? —pregunta tu compañero—. No veo más que esas cajas llenas de arena mojada.

—Son sus camas —dices.

—¡Puah! —exclama Petrus con un escalofrío.

—Si dormir aquí ha de salvarnos la vida —le razones introduciéndote en uno de los curiosos lechos—, estoy dispuesta a soportarlo. Te acomodas lo mejor posible y te abandonas a un sueño reparador.

Cuando despiertas, el carromato está atestado de hombres cangrejo que descansan

como vosotros.

—Vamos, Petrus. Ya es de día.

Al salir, distingues a Anomura acostado en una de las cajas de arena húmeda.

—Gracias —le susurras.

La singular criatura te guiña un ojo, se cubre con el polvillo y sigue durmiendo.

En el instante en que abandonas el vehículo de Anomura sacudiéndote la arena que se ha adherido a tus ropas, Bebianana te intercepta el paso.

—¡Os he buscado por todos los rincones! —te espeta enfurecido—. Tenemos que ensayar y mi tiempo es muy valioso. No puedo perderlo corriendo detrás de vosotros.

[Por favor, pasa a la página 131.](#)

Acaricias la lágrima de cristal y susurras:

—Pegaso, te lo ruego, acude en mi ayuda. —Apenas has concluido tu frase, oyes en el tejado un delicado hollar de cascos.

—¿Qué es eso? —pregunta una voz con sobresalto.

—¡Un pegaso! —exclama otra—. ¿Por qué se habrá posado en este carromato? Además, por su forma de actuar se diría que pretende entrar. Veamos qué se oculta en el interior.

—¡No! Este vehículo es mío y no pienso abrirlo.

—Te advierto que puedo reunir a un centenar de hombres armados en menos de un minuto —declara Anomura.

—A Bombax no le gustará vuestra actitud. Os hará pagar cara esta osadía —amenaza a su vez el increpado.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo —se mantiene firme el hombre cangrejo—. ¡Abre de una vez!

Una llave gira en la cerradura y la puerta cede al instante.

—Así que monos amaestrados, ¿verdad? —gruñe una figura desde el dintel.

No tardáis en salir, llenando de aire puro vuestros pulmones. El pegaso aterriza junto a ti. Te apresuras a acariciarle la crin y a hundir tu rostro en su brillante pelambre. La criatura empieza a resollar con suavidad, produciéndote un agradable cosquilleo.

—¡No tan deprisa! —espeta el hombre cangrejo al trabajador que intenta escabullirse, agarrándolo con su gigantesca pinza—. ¿Dónde crees que vas? Me temo que tendrás que soportar mi compañía hasta que se esclarezca este asunto.

Te abrazas a Petrus y al pegaso, sabiendo que todo saldrá bien.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Más tarde, en el carronato de Romney, el domador dice:

—Sugiero que me expliquéis lo que está ocurriendo antes de que muramos todos.

—Tiene razón, Petrus. Si hubiéramos confiado antes en él, quizá Brutus estaría aún vivo.

—No deseábamos lastimar a nadie. Creíamos que cumpliría su palabra —dice tu compañero.

—¿De quién habláis? —pregunta Romney.

Le contáis toda la historia con la mayor brevedad posible.

—¡Sabía que Bombax y Clusia eran unos bribones, pero ignoraba hasta qué punto! —exclama el domador.

—Tenemos que detenerlos —declara Petrus.

—Naturalmente, muchacho. Y no sólo para salvar nuestro pellejo. Serían capaces de arrasar el país para satisfacer su ambición. Y, si eso sucediera, no merecería la pena seguir viviendo.

—¿Qué podemos hacer? —inquieres.

—Se me ocurren varios planes. Aunque todos ellos entrañan algún peligro, podrían funcionar si aceptáis ayudarme —propone Romney con una triste sonrisa.

—Dinos cómo —contesta Petrus con determinación.

—Tenéis que actuar esta noche. El gobernador y el alcalde de la ciudad asistirán al espectáculo. Por supuesto, también Bombax estará presente.

1. —Podemos recurrir a las autoridades durante el número de los grifos, —pasa a la página 149.
2. —Podemos utilizar a los felinos y confiar en que nos obedezcan, —pasa a la página 84.
3. —Podemos valemnos de Caspius, si es que logramos controlarlo, —pasa a la página 98.

—Creo que me gustaría deambular un rato por el circo para conocer el ambiente. ¡Es tan distinto de mi mundo cotidiano...! —dices.

—Me parece una buena idea —accede Momo—. Tomad un poco de dinero. Podréis compraros algunas golosinas.

—Recordad que debéis manteneros alejados de Bombax, de Clusia y de la tienda de la adivina —os advierte Helix—. No tiene sentido buscar embrollos.

—No te preocupes, actuaremos con prudencia —promete Petrus, mientras os encamináis hacia la avenida principal.

Se arremolinan en torno a vosotros escenas, sonidos, aromas y colores tan nuevos como extraños. Jalonan la senda dos hileras de abigarradas tiendas, donde los miembros de la compañía circense se disfrazan y se preparan para recibir a los primeros visitantes de la tarde.

De pronto invaden tus vías olfativas los ricos y seductores efluvios de los buñuelos de canela, los dulces hervidos, las carnes a la parrilla y las palomitas de maíz.

—Compremos fruta escarchada, Laela. Me gusta tanto que nunca tengo suficiente.

—Ya hemos comido. Será mejor que ahorremos el dinero.

—Te lo ruego, deja que satisfaga este pequeño capricho —te engatusa Petrus.

—De acuerdo —accedes al fin—. No creo que nos perjudique.

Corréis ilusionados hacia el puesto donde se venden y depositáis vuestras monedas en el mostrador.

El comerciante guarda el dinero en su bolsillo y os entrega dos cucuruchos de golosinas azucaradas, al mismo tiempo que os susurra:

—Id a comer a otra parte. Han abierto ya el recinto al público y asustaréis a mis clientes.

Sólo entonces adviertes algo que antes no has podido observar, porque estabas demasiado excitada: el gentío que avanza por la avenida se detiene horrorizado al veros y se aparta de vuestro camino. Incluso una muchacha de tu edad que tropieza contigo se vuelve para disculparse y, al contemplarte, se arroja en los brazos de su padre lanzando alaridos de terror.

—¡Alejaos de aquí! —vocifera el hombre—. ¿Cómo osáis mezclaros con las

personas normales? ¡Volved donde os corresponde, junto a los otros monstruos!

Tu corazón palpita con tal fuerza que parece a punto de estallar. Hasta el esponjoso caramelo que tan bien sabía hace unos segundos se te antoja de arena en la boca.

Petrus agita el puño y da un paso al frente, pero apoyas la mano en su hombro para arrastrarlo hasta la tienda más próxima.

La oscuridad se cierne sobre vosotros, salvándoos de las crueles provocaciones de las que habéis sido objeto. Cuando Petrus te rodea con sus brazos, se mitiga tu pena.

—¡Ha sido espantoso! —susurras—. ¿Crees que la gente trata así a Momo y a Helix?

—Me temo que sí —responde tu amigo en voz baja—. Pero sin duda se han acostumbrado, como tendremos que hacer nosotros.

Con el ánimo aún excitado das media vuelta, pero no ves sino penumbra... hasta que una tenue luz aparece frente a ti. A medida que aumenta en brillo, distingues la sombría silueta de una mujer que está sentada ante una mesa cubierta con un tapete. No distingues sus rasgos, pues la tienda está demasiado oscura.

—Venid y sentaos. No hay razón para temer a *madame* Leone —os invita la figura con dulce acento, como si hubiera adivinado tus pensamientos.

Hipnotizada por su peculiar tono de voz, empiezas a andar hacia ella con Petrus pegado a tus talones y te sientas en silencio en las sillas vacías que hay dispuestas en torno a la mesa.

—Veamos qué os depara el porvenir —dice la mujer extendiendo una baraja de mugrientas cartas sobre el tapete.

Se te hace un nudo en la garganta, de modo que estrechas la mano de tu compañero en un intento de tranquilizarte.



La enigmática criatura levanta la mirada, y una luminiscencia anima su rostro, sin que aciertes a imaginar su origen. Cuando clava en ti su mirada, te sientes tan vacía como si te hubiera arrancado tus entrañas.

—Ahora lo veo todo con absoluta claridad —susurra levantándose. Acto seguido, extiende los brazos hacia vosotros y añade—: Creo que lo mejor será que me acompañéis.

Te da un vuelco el corazón. Te resulta difícil respirar. Acabas de comprender que te has introducido accidentalmente en la tienda de la adivina. Intentas pensar deprisa, sabiendo que tienes dos opciones.

1. [Si quieres huir, pasa a la página 29.](#)
2. [Si prefieres correr el riesgo de obedecer a la adivina, pasa a la página 56.](#)

—Petrus, háblame de los «espías» circenses.

—Son criaturas muy fuertes, dotadas de un apetito insaciable. Puedes matarlos, pero sólo si llevas un arma en la mano en el instante en que te atacan. Su sigilo les permite sorprender a los incautos, sin darles tiempo a reaccionar.

—¿Qué comen?

—Cualquier ser animado, y en ocasiones también materia orgánica.

—¡Fantástico! Creo que existe una posibilidad de eliminar al que nos amenaza. En este lugar tropieza uno con toda suerte de animales peligrosos, de modo que deben tener algún medio de calmarlos si alguno se descontrola. Sin duda, la misma poción que utilizan para capturarlos en la espesura sirve también para dormirlos. Encontremos el escondrijo de esa poción y tomémosla «prestada».

Diez minutos más tarde, y tras proveeros de una bota de cuero que guarda Bebiana en su camerino, os acercáis con el máximo sigilo a un pequeño carromato que ostenta el rótulo «Alquimista. Prohibida la entrada».

—Está cerrado con llave —susurras.

—Deja que solucione yo ese problema —dice Petrus sumiéndose en las sombras. A los pocos instantes, oyes un leve chasquido. Tu compañero te anuncia:

—Ya puedes venir.

Penetráis en el vehículo y cerráis la puerta. Del techo penden numerosos ramilletes de hierbas. Los estantes del muro aparecen atestados de cuencos, llenos de extrañas sustancias que temes examinar. En el fondo de la estancia se perfila una barrica con un letrero que reza: «¡Peligro! Poción soporífera. No inhalar los vapores. No ingerir. No acercarse a los ojos. Si ocurre un accidente, llévase a la víctima al curandero más próximo».

Te apresuras a levantar la tapa del tonel y, tratando de no respirar sus efluvios, hundes la bota en la potente droga.

Aplicas el tapón de corcho al humedecido odre, sin permitir que ninguna parte de tu cuerpo entre en contacto con él y, tras depositarlo en el suelo, cubres de nuevo la barrica.

—¡Puah! —exclama Petrus cuando abandonáis el carromato y corréis en dirección a la carpa central—. ¡Estaba empezando a marearme! Esperemos que esta droga produzca el mismo efecto en el «espía».

Os encaramáis a la escala de cuerda y, una vez en lo alto, ocupáis uno de los trapecios. Cuando os habéis dado el suficiente impulso para colocaros por encima del acechante «espía», dejáis caer la abultada bota sobre su estómago, vuelto hacia arriba. Sin perder un instante, la criatura envuelve a su presa.

Contemplas horrorizada la masa gris que se retuerce a vuestros pies.

—Así es como nos devoraría a nosotros —susurras.

De pronto, y bajo tu atenta mirada, el «espía» se bambolea hacia un lado, extiende el cuerpo y al fin se inmoviliza. Los restos de la bota se adhieren a su vientre hechos jirones.

—¿Crees que se percatarán de lo sucedido?

—Lo dudo —responde Petrus—. Presenta el mismo aspecto de siempre, aunque sin sujetarse a las pértigas. En cualquier caso, es demasiado tarde para preocuparse, pues el espectáculo no tardará en comenzar y tenemos que prepararnos. Creo que hemos utilizado una cantidad suficiente de pócima soporífera para mantener dormida a esa criatura durante varios días.

Animada por esa idea, vuelves al carromato de Bebiana y te pones el disfraz. Cuando empieza la representación, estás a punto.

Aunque te produce pánico hallarte a tanta distancia del suelo, te concentras en lo que has aprendido y, unos minutos más tarde, haces tu primera reverencia en la plataforma junto a Bebiana, Petrus y Catcher.

Concluido vuestro número, iniciáis el descenso. Bombax os observa desde el pie de la escala, con el ceño más fruncido de lo habitual.

—Parece que nuestro glorioso patrón está preocupado —farfulla Bebiana, que os sigue al exterior de la lona—. Sea lo que fuere lo que le tiene en tal estado, me alegro de que no guarde relación con nosotros.

Sofocas la risa lo mejor que puedes, tratando de no mirar a Petrus. Bebiana bosteza y se despide.

—Hasta mañana, muchachos. Vamos, Catcher, tenemos que descansar.

—¿Dónde vamos a dormir nosotros? —preguntas.

—Eso no es asunto mío. No soy vuestra niñera —responde el trapecista—. Aquí tenéis vuestra ropa. Supongo que sabréis cuidar de vosotros mismos. —Y, sin más dilación, penetra en su vivienda y cierra la puerta de forma brusca.

—¡Estupendo! De todos modos, no cabía esperar otra reacción en ese individuo —declara Petrus indignado.

—No te preocupes. Ya encontraremos algún lugar.

1. —Podríamos dormir debajo del carromato —propones, pasa a la página 76.
2. —Adentrémonos en el bosque. —Si ésa es tu sugerencia, pasa a la página 141.

3. —¿Por qué no averiguamos dónde se retiran los peones? —Si te parece buena idea, pasa a la página 32.

Amontonas varias sábanas en torno a la base de la puerta, aplicas una vela encendida al montículo y observas cómo se elevan las llamas. La escena no deja de asustarte.

—Si el humo te asfixia, cúbrete el rostro con este paño húmedo y permanece cerca del suelo. El calor tiene tendencia a subir —te recomienda Petrus.

Os acostáis el uno junto al otro y contempláis el fuego, que no tarda en prender en la puerta. Cuando el aire se torna abrasador, te asalta la idea de que quizá no vean el incendio a tiempo.

Empiezas a desesperar cuando oyes el ansiado grito de «¡Fuego!».

Petrus y tú os ponéis en pie y, tratando de manteneros alejados de las llamas, aporreáis las paredes lanzando llamadas de socorro.

—¡Hay unos niños dentro! —exclama una voz—. ¡Arrojad agua a ese muro, rápido! ¡Tú, busca una herramienta con la que derribar la puerta!

Tras unos interminables minutos, un hacha se clava en la madera. Poco después, el panel cae astillado bajo una lluvia de golpes. Irrumpe en la estancia un hombre cangrejo, que os levanta en el aire y corre hasta el exterior.

—¡Mis pobres pequeños! —vocifera una mujer. Es *madame* Leone, que acude presta a auxiliaros, apretándoos contra su huesudo pecho—. Acompañadme, os llevaré a casa —dice y, aunque forcejeáis con todo vuestro empeño, no conseguís liberaros de su abrazo.

—¿Dónde vas con mis niños? —protesta la indignada voz de Momo.

—¿Tuyos? ¡Estas criaturas me pertenecen! —insiste la adivina.

—Lo mejor será preguntarles a ellos con quién quieren vivir —propone Momo.

—El humo ha nublado su entendimiento —afirma *madame* Leone.

—No tanto como para que no sepan lo que les conviene —repite Helix—. De todos modos, si no los sueltas quizá se asfixien antes de contestar.

La adivina os estrecha contra su cuerpo con tal fuerza que empiezas a ver puntos de colores.

—Déjalos —ordena una voz profunda, que al fin obliga a obedecer a la obstinada bruja.

Petrus y tú os desplomáis sin resuello sobre la hierba. Cuando empieza a normalizarse tu respiración, te levantas y descubres a un nutrido grupo de hombres

cangrejo y a otros trabajadores del circo apiñados en torno a *madame* Leone y al dueño del carromato.

Imponiéndose a las protestas de la adivina y del perverso individuo, Helix cuenta vuestra historia al hombre cangrejo de la voz profunda.

—Apresad a Bombax y a sus secuaces —ordena a sus hombres el curioso personaje—. No permitáis que escapen. Ya es hora de acabar con esos malignos seres.

Aunque se debaten con sumo afán, Bombax, Clusia y los cuatro últimos usurpadores no logran impedir que los atrapen y los encierren en consistentes jaulas.

—Los llevaremos ante la presencia del rey y dejaremos que él se encargue de castigarlos. Y, en cuanto a los niños, ¿adónde irán? —pregunta el hombre cangrejo.

—A casa, con nuestros padres —dices acercándote a Momo—. Hemos vivido suficientes emociones para el resto de nuestra existencia.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—De modo que queréis convertirlos en domadores, ¿no es así? —dice Rebus Romney con cierta reticencia—. Lo más probable es que acabéis sirviendo de cena a los animales que tratéis de amansar. Pero, por otra parte, habéis liberado a un pegaso y para eso se necesita valor.

—¿No estás disgustado con nosotros por haberlo soltado?

—En absoluto, muchacha. Había que hacerlo. La infortunada criatura estaba a punto de morir de tristeza.

—En ese caso, ¿por qué no te encargaste tú de romper sus cadenas? —inquire Petrus.

Mirando a tu amigo con su único ojo, el domador se acaricia el rostro con una mano llena de asperezas.

—Estás en tu derecho al preguntarlo —admite con un suspiro—, pero no puedo darte una explicación satisfactoria. Recuerda que ninguna de las personas o animales que trabajan en este circo lo hace por su propia voluntad. Sólo la muerte vendrá a redimirnos. Para mí no es tan terrible como para los otros, porque amo a mis salvajes criaturas, aunque mis sentimientos no siempre son compartidos.

—¿Alimentan todas instintos asesinos?

—La mayoría. Pero venid, os las presentaré. —Mientras atravesáis el solar, Romney os recomienda—: No debéis darles nunca la oportunidad de acercarse; ni confiar en ellas, por mansas que os parezcan. Controladlas en todo momento o tratarán de eliminaros.

Os detenéis frente a una enorme jaula. Señalando a sus moradores, el domador explica:

—Éstos son los felinos maulladores. No les volváis nunca la espalda. Son tan rápidos que moriríais antes de tocar el suelo.

—Sin embargo, son preciosos —declaras—. Me fascina su pelambre.



—También son muy bellas esas ganchudas garras de color marfil, pero pueden hacer jirones tu carne en una fracción de segundo. Fijaos en las paredes de la jaula: aunque se construyen con sólida madera de tamarindo, hay que cambiarlas todas las semanas a causa de las hendiduras que practican en ellas.

—Estoy seguro de poder trabajar con ellos —dice Petrus con resuelto ademán.

—Quizá no pensarías lo mismo si estuvieras al otro lado de la reja —le advierte Romney antes de reanudar su marcha.

—¡Canes parpadeantes! —exclamas—. ¡Qué bonitos son sus cachorros! ¿Puedo acariciar a uno sin riesgo?

—Son más mansos que otros animales, pero nunca se sabe —responde Romney abriendo la jaula y estirando la mano para coger a un rechoncho vástago.

—Vamos, Linda —calma a la madre—. Sólo estamos admirando a tu pequeño. —Y, diciendo esto, deposita en tus brazos al tembloroso can.

—Es entrañable. ¡Me está lamiendo, parece que le he caído bien! —exclamas con entusiasmo.

La madre asoma la cabeza por entre los barrotes y te arrebatata a su cría, con tal rapidez que antes de que te percales la está arrullando en un rincón.

—No has sido muy amable, Linda —le amonesta Romney—. Laela estaba sólo acunando a tu retoño.

—¿Cómo pueden desvanecerse de un lugar y reaparecer en otro en menos de un segundo? —pregunta Petrus.

—Lo ignoro. Pero así es como actúan siempre. De hecho deben el apelativo de «parpadeantes» a su facultad de trasladarse en un abrir y cerrar de ojos; tienes a uno delante y, cuando das un paso hacia él, se halla a varios metros a tu espalda. Sus gruñidos parecen muy agresivos, y quizá en realidad lo sean. En cualquier caso, al público le encanta su número.

—Pero, si pueden tornarse invisibles y moverse a voluntad. ¿Por qué no escapan? —preguntas—. Les resultaría muy sencillo.

—Los cachorros no poseen ese don, y sus madres nunca los abandonarían. Además, yo les doy cuanto necesitan, incluso la oportunidad de matar a sus peores enemigos: los asesinos de la jungla. Los parpadeantes olvidan toda moderación cuando se enfrentan a una de esas fieras.

Romney os invita a contemplar a una criatura, de pelambre tan negra como la de una pantera, que se agita en el interior de una jaula de rejas. El animal emite siniestros gruñidos cuando sus verdes ojos, encendidos de odio, se clavan en el rostro del domador.

De pronto un tentáculo afilado, que brota del dorso del animal, golpea los barrotes a escasos centímetros de la cabeza de Romney.

—No ceja en sus intentos de matarme, ni creo que lo haga nunca —explica vuestro instructor—. Recordad bien que, aunque los criemos desde pequeños, son asesinos por naturaleza y también engañosos. Siempre están en un lugar distinto del

que parece, quizá a causa de un extraño efecto visual.

—¿C-cómo los mantenéis enjaulados? —balbuceas.

—Mediante una magia. Bombax es un excelente ilusionista. Sabe invocar un hechizo y hacer que perdure. De no ser así, tanto yo como cualquiera que se interpusiera en el camino de estos animales estaríamos muertos y enterrados.

—Pero debe ser muy difícil tenerles a raya en la pista. ¿Cómo marcas las distancias? —pregunta Petrus.

—La práctica te convierte en maestro. Además, no son muy inteligentes. Con sólo observarlos un poco se pueden prever sus movimientos. Por supuesto, la anticipación no siempre resulta. Fue uno de estos animales el que lastimó mi ojo.

—¿Qué hay en esta jaula? —inquieres acercándote a un gran carromato pintado de rojo.

—Osos-lechuza. Debéis recelar de ellos.

—No parecen muy fieros. Su aspecto es más bien ridículo, como si alguien hubiera adherido una faz de búho a un cuerpo de plantígrado.

—Ridículos o no, nunca introduces tu mano en esa jaula. Cuando los capturamos, eran unos simples cachorros y he conseguido que obedezcan casi todas mis órdenes. Pero, si se lo propusieran, podrían acabar contigo de un zarpazo.

Cuando examinas con más atención sus cortantes picos, sus ojos delimitados por cercos sanguinolentos y sus largas y afiladas garras, comprendes las palabras de Romney y lo sigues sin aproximarte a la jaula.

—¿No hay ningún animal que no sea hostil en este recinto? —preguntas, mientras caminas hacia un seto improvisado con matojos de alta hierba.

—Me he guardado lo mejor para el final —contesta el domador—. ¡Ved los ejemplares de los que más me enorgullezco! —exclama apartando unas ramas del curioso cercado.

—¡Fíjate, Petrus, son grifos! —No puedes evitar la tentación de detenerte y lanzar un suspiro de admiración.

Emitiendo sus ásperos gruñidos, las enormes criaturas con alas y cabeza de águila se vuelven hacia vosotros. Sus músculos se abultan en sus leoninos cuartos traseros cuando arrancan a andar en dirección a vosotros.

—No deis muestras de temor —os advierte Rebus Romney.

—Son magníficos —declaras acariciando las doradas plumas de uno de los animales. Su curvado pico permanece suspendido sobre ti y sus áureos ojos te escudriñan, mientras llama a sus compañeros con un chasquido. Al instante, todos los grifos te rodean, envolviéndote con sus macizos cuerpos, en los que se entremezclan la pelambreira y las esponjosas capas emplumadas.

—¡Laela! —vocifera Petrus corriendo en tu auxilio.

—Tranquilízate, muchacho —ordena Romney—. Tu amiga ha sido aceptada. No necesita ayuda. De todos modos, si hubieran querido lastimarla no podrías haber hecho nada para evitarlo. Los grifos son animales pacíficos, pero pueden resultar muy

fieros si se los provoca. En esos casos despedazan a una persona en pocos segundos.



—¡Nunca habría permitido que una bandada de pájaros atacase a Laela! —replica Petrus.

—Vamos, muchacho, quiero que conozcas a esos «pájaros», como pintorescamente los llamas. —Guiando los pasos de tu compañero, Romney se introduce en el grupo.

Aunque el domador es admitido y Petrus examinado, los grifos pronto los ignoran para arrullarte con dulzura y de ese modo acaparar toda tu atención.

—¡Oh, Romney, son encantadores! Su plumaje es vistoso y su pelo suave —dices sin dejar de acariciarlos.

—Eres una buena muchacha, Laela. Estaba seguro de que se encariñarían contigo. ¿Te gustaría aprender a amaestrarlos? Podrías realizar un número espléndido.

—¿De verdad crees que me obedecerían?

—¡Por supuesto! Tienes un don especial, y sospecho que Petrus también.

—¿A qué te refieres? —inquieta receloso tu amigo.

—A la capacidad de querer, de comunicar afecto. Los animales reconocen al instante esa cualidad, no importa cómo la definas. Si no la posees, por mucho que te esfuerces no logras adquirirla, y ellos lo presienten. Sin embargo, debo advertiros que esa extraña virtud debe usarse con prudencia, pues no puedes entrar en la jaula de un kamadán y esperar que un halo invisible te proteja. Tampoco debes traicionar en ningún caso la confianza de un animal engatusándolo con zalamerías. Bien, ya es suficiente por hoy. Os sugiero que deis un paseo por el circo antes de reuniros conmigo en el comedor cuando suene la campana del almuerzo. Hasta pronto, y cuidado con lo que hacéis.

Tras prometer a Romney que huiréis de cualquier problema que pueda presentarse, Petrus y tú empezáis a deambular por entre los abigarrados carromatos. De pronto invaden el aire unos alaridos que parecen expresar furia, seguidos por los gritos de una persona en apuros.

—¿Qué debe ocurrir, Petrus? Se diría que están matando a alguien. ¿Dónde está todo el mundo?

—Lo ignoro, Laela, pero tenemos que averiguarlo —responde Petrus echando a correr.

El alboroto parece provenir de detrás de un enorme carromato verde. Te asomas por una de sus esquinas y lo que ves te paraliza.

Se yergue ante ti un ejemplar de kamadán, uno de los felinos más temibles de cuantos pueblan los bosques de Greyhawk. Mide más de dos metros desde las fauces hasta la cola, y lleva varias serpientes enroscadas en torno a los hombros. El espantoso animal tiene atenazado entre sus garras a un hombre cangrejo.



El kamadán suelta a su presa y avanza hacia ti. Con una siniestra mueca que pone al descubierto sus sangrantes colmillos y sus anaranjados ojos fijos en los tuyos, se acerca despacio pero con actitud resuelta.

1. —¡Corramos! —exclamas estrechando la mano de Petrus, pasa a la página 62.
2. —¡No tengo miedo! Romney dice que poseo un don y voy a utilizarlo —afirma Petrus, pasa a la página 82.
3. —A los felinos les gusta perseguir a las criaturas en movimiento, de modo que permanece donde estás —susurras, pasa a la página 144.

Lanzas a Petrus una mirada inquisitiva.

—¿Cómo vamos a descubrir dónde están los restantes usurpadores si no la acompañamos? —te susurra con tono apremiante—. O es uno de ellos y nos conduce a su escondrijo o no tiene nada que ver y nos estamos preocupando sin motivo. Seremos cautelosos y huiremos si es preciso.

—De acuerdo —respondes con un hilo de voz— pero echaremos a correr al primer indicio de peligro.

—¿Dónde nos llevas? —pregunta Petrus a la adivina.

—Pronto lo sabrás —contesta la interpelada y, haciéndoos señal de seguirla, abandona la tienda.

Recorréis la avenida central hasta que la muchedumbre se disipa y os encontráis en una zona desierta, salpicada de hoyos, donde se asa el maíz a fuego lento. *Madame Leone* os conduce hasta un carromato que hay en el extremo más alejado de la explanada. Te produce cierto desasosiego comprobar que no hay nadie a la vista.

La extraña mujer llama con los nudillos a la puerta del vehículo, que se abre al instante, y con delicados ademanes os invita a entrar. Obedeces, aunque te asalta el presentimiento de que corres peligro.

La puerta se cierra de forma brusca, y *madame Leone* hace girar la llave para impedir vuestra fuga.

—¿Qué ocurre? —pregunta una voz profunda. Te vuelves y ves, sentado ante una pesada mesa, a un peón del circo.

—Descúbrelo tú mismo —le espeta la adivina. Y de repente tus pensamientos se agitan como si alguien estuviera hurgando en los recovecos de tu mente.

—De modo que éstos son los niños de los que me habló Bombax. ¡Excelentes disfraces! De no haber sondeado sus cerebros, nunca los habría reconocido.

—¿Qué hacemos ahora? —inquieta la adivina con un áspero chasquido—. ¿Ocupar sus cuerpos?

—No puede ser —responde su secuaz—. Sólo quedamos cuatro, dos para usurpar las personalidades del alcalde y el gobernador esta misma noche y otra pareja que en su momento tomará posesión del rey y de la reina. Como ves, no debemos desperdiciarlos con estos mequetrefes. Será mejor encerrarlos y esperar hasta que haya concluido todo. Entonces nos desharemos de ellos.

—¿Y si hay alguien aquí que conoce su existencia?

—Nadie va a echarlos de menos, no te preocupes. Y, aunque lo hagan, bastará declarar que no los hemos visto.

—Un buen plan —dice *madame* Leone y, arrojándoos a un rincón, abandona el carromato junto con el trabajador. Oyes el ruido que produce la llave al girar en la cerradura, seguido por un tenso silencio.

—Será mejor que mantengas la boca cerrada —te espeta Petrus, anticipándose a tus recriminaciones.

—¿Qué vamos a hacer? —te limitas a preguntar.

1. —Podríamos gritar y aporrear la puerta. Quizá nos oigan —propone Petrus, pasa a la página 24.
2. —Si incendiamos el carromato es posible que alguien venga antes de que nos abrasemos —sugiere tu compañero, pasa a la página 45.
3. —Esperemos. Si Helix y Momo advierten nuestra ausencia, nos buscarán —dices, pasa a la página 143.

Mientras tú intentas calmar a Caspius, Petrus levanta la red. Aunque se bambolea bajo el peso de la enorme masa gris, logra sortear el cuerpo del oso-lechuza y cubrir con el entramado su cabeza.

Al instante cesan los rugidos. Estirando sus zarpas delanteras, el oso-lechuza las clava en la red y queda totalmente atrapado.

—Ha funcionado, Laela. No te muevas, rescataré a Romney —dice Petrus y empieza a arrastrar al domador, ahora inconsciente.

Cuando agarra la muñeca del artista circense, uno de los bordes de la gruesa red cae sobre sus manos. Ignorando esta contingencia, Petrus tira de Romney, que está atravesado sobre el vientre del oso-lechuza. Como dotada de vida propia, la grisácea masa se ha extendido en torno al herido.

—¡Maldita sea! —exclama Petrus tratando en vano de desprenderse de la red—. ¡Laela, ayúdame! ¡Me he quedado adherido! ¡Esto no es una red! ¡Haz algo, te lo suplico!

1. Si estás demasiado asustada para pensar en nada que no sea emprender la huida, pasa a la página 18.
2. Si decides apoderarte de la daga de Rebus Romney y luchar contra la misteriosa red, pasa a la página 71.

Saltáis al unísono del escenario y avanzáis, arrastrando los pies, hacia la salida de la tienda. Una vez en el exterior, os amparáis en la penumbra para huir.

Varios años más tarde, Petrus y tú os halláis sentados frente a la cueva que os sirve de morada y discutís sobre el mismo tema que tantas veces os ha enfrentado.

—Deberíamos habernos quedado en el circo. Era preciso actuar, no fugarse —insiste Petrus al mismo tiempo que arroja otro leño a la humeante fogata.

—¿Qué podríamos hacer nosotros? —replicas, tratando de peinar tu enmarañada melena con una piña—. Todo se puso en nuestra contra y, por lo que he visto a lo largo de estos años, me afirmo en mi idea de que obramos bien. Bombax y sus usurpadores han esclavizado al país, de modo que podemos considerarnos afortunados por conservar la vida.

—No me interesa vivir si debo permanecer siempre oculto en el bosque. Además, añoro a Helix y Momo. ¿Crees que estarán bien? —pregunta Petrus con ansiedad—. Laela, ¿por qué no dejamos la gruta y tratamos de averiguar qué ha sido de ellos?

—Demasiado tarde —dices en melancólica actitud.

—¡Nunca es demasiado tarde! —protesta Petrus—. Vamos, Laela, decidete a actuar. Te lo ruego, emprendamos su búsqueda —te apremia tu amigo estrechándote ambas manos entre las suyas.

La esperanza renace en tu ánimo por vez primera desde hace décadas.

—Tienes razón, Petrus. Rastreamos los movimientos del circo y encontraremos a Helix y Momo, De algún modo, volveremos a empezar desde el principio.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Valiéndote de todos los músculos de tu tenso cuerpo, te das impulso hacia arriba y te aferras a la malla de Petrus.

—Intenta resistir un poco más —te anima con voz jadeante, mientras centímetro a centímetro, te encaramas, con los dientes apretados al cuerpo de tu compañero, hasta alcanzar la barra. Temblando a causa del esfuerzo y de tus resbaladizas manos, te izas en el trapecio y, una vez segura, ayudas también a Petrus.



Cuando os encontráis, sanos y salvos tras la proeza, en la plataforma junto a Bebiana y al excitado Catcher, el público estalla en una atronadora oleada de aplausos.

—¡Saludad! —sisea el trapecista—. ¡Vamos, saludad!

Hacéis una trémula reverencia y bajáis por la escala lo más deprisa posible. Aunque el agotamiento hace que te flaqueeen las fuerzas, pasas junto al enfurecido Bombax y junto al espía en busca del fresco aire de la noche.

1. —Laela, tenemos que irnos —dice Petrus—. El plan de Bombax ha estado a punto de surtir efecto, y no quiero morir tan joven. Te lo ruego, abandonemos este lugar mientras aún podemos, —pasa a la página 148.
2. —Petrus, olvidé untarme las manos con resina. Ha sido culpa mía, no de Bombax, de modo que sugiero que busquemos un lugar donde dormir y sigamos con el circo, —pasa a la página 32.

Estrechas la mano de Petrus y, dando media vuelta, echáis a correr con todas vuestras fuerzas para huir del espantoso animal.

El kamadán emite un gruñido y emprende vuestra persecución. Del mismo modo como un gato jugaría con un ratón, salta sobre vosotros sin concederos ninguna tregua, obligándote a protegerte el rostro con las manos. Entre una y otra arremetida, ves que el hombre cangrejo se aleja renqueante.

Las serpientes que brotan como apéndices de la cerviz del kamadán se retuercen con un constante siseo, tratando de hundir sus colmillos en tu carne, mientras el rugiente felino os intercepta el paso y, erizando su pelambre, os lanza bocanadas de aire.

De pronto se te cierran los ojos y te sumes en un profundo sueño.

Varias horas más tarde, te despiertas y descubres que te hallas tendida sobre un camastro en el carromato de Romney.

—Si es así como evitáis los embrollos, prefiero no saber lo que haréis para meteros en ellos —gruñe el domador.

—Ha sido un accidente —farfulla Petrus a tu lado, aún aturdido.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido terrible —dices entre sollozos—. Creí que iba a devorarme.

—Y lo habría hecho si no me hubiera encontrado a tiempo al hombre cangrejo. Por fortuna, el kamadán ha invocado un hechizo del sueño, si hubiérais luchado, ahora estaríais muertos. Haciendo honor a la verdad, os confieso que me sorprende que hayáis sobrevivido a su encantamiento.

—¿Por qué no te ha lastimado a ti? —inquire Petrus.

—Soy inmune a su magia y, como las serpientes no segregan veneno, sólo debo protegerme del contacto con su cuerpo. Además, conozco algunas estratagemas de gran utilidad. Esta vez os ha sonreído la suerte, pero la próxima quizá no sea así.

—¿Cómo es posible que haya escapado de su encierro? —preguntas.

—Ése es el problema, muchacha. La primera regla que debe observarse en este circo es no dejar nunca una jaula abierta. El candado y la cadena que guardan el carromato del kamadán estaban en el suelo, no se sabe si por accidente u obedeciendo a un acto premeditado. No me cansaré de repetiros que debéis actuar con suma cautela. Es la hora de la representación vespertina. Quiero que ambos permanezcáis

acostados y descanséis en el camerino hasta mi regreso.

Armándose con su látigo, Romney sale y cierra la puerta.

Oyes vagamente algunos rugidos de animales, coreados por los entusiasmados gritos de los niños.

—Petrus, creo que Bombax ha intentado matarnos fingiendo un accidente. El kamadán no ha quedado en libertad por azar.

—Quizá Romney forme parte también de la confabulación —aventura Petrus—. Existe la posibilidad de que desee vernos muertos.

—No lo creo —declaras—. Después de todo, nos ha rescatado. Se comporta como un amigo. Opino que debemos contarle lo que está ocurriendo en este lugar de pesadilla.

—No tenemos amigos —replica Petrus—. No podemos confiar más que en nosotros mismos, de modo que lo primero que hay que hacer es abandonar este carromato.

—Pero, Petrus, Romney nos ha ordenado que le aguardemos aquí.

1. —No podemos confiar en nadie —insiste tu compañero—. Vámonos cuanto antes, —pasa a la página 139.
2. —Estoy decidida a hacer lo que él dice y a quedarme —añades, pasa a la página 127.

—Es una locura —refunfuña Petrus—. Sabemos que está confabulada con Bombax, así que hablar es como introducir la cabeza en un cubil de leones y preguntar a sus moradores si tienen hambre.

—Quizá —admite Helix—, pero nos sentiríamos mejor después de asegurarnos.

—De nada ha de servirme si muero en el empeño o si un usurpador se adueña de mi cuerpo —continúa protestando tu compañero.

—Hemos llegado —anuncia Helix, apartando la cortina de lona para franquearos la entrada.

Una sombría figura se agita en la penumbra.

—¿Queréis saber qué os depara el porvenir? —su— susurra una voz, y el aire se ilumina con un extraño fulgor.

Ante vosotros se yergue la figura de la adivina, pero algo ha cambiado. Hace un rato parecía cordial, mientras que ahora ha adoptado una expresión de gran crueldad. Sientes cómo la perversidad que de ella mana fluye hacia vosotros.

—Mis amigos quieren escuchar tus predicciones —responde Helix con calma—. Les intriga su futuro.

—¿Y si no lo tienen?

—¡No es posible! —baluceas.

Madame Leone sonrío y, alterando el tono de su voz, declara:

—Era tan sólo una broma.

—No la encuentro divertida. Vámonos, Laela —gruñe Petrus.

—¡Esperad! —lo detiene Helix, apoyándose en el mástil de la tienda para cargar la pipa—. Si no permiten que les reveles su porvenir, estoy seguro de que al menos querrán saber cómo transcurre la vida de un usurpador —añade dirigiéndose a la mujer.

Madame Leone retrocede. Crees advertir una expresión de espanto en sus ojos.

—¿Un usurpador? ¿De qué me hablas? ¿Y cómo pretendes que yo lo sepa?

—Conocemos el plan que habéis fraguado —declara Petrus enfurecido—. No lograrás engañarnos ni por un instante.

Bajo tu perpleja mirada, y en una fracción de segundo, la figura de *madame Leone* se difumina como una pintura fresca al regarla con un potente chorro de agua. Cuando acaba de desvanecerse, ocupa su lugar un espectáculo horripilante: un

esqueleto cubierto con una piel cenicienta hecha jirones toma cuerpo en la estancia y empieza a avanzar hacia vosotros, con un brillo demente en sus sanguinolentos ojos.

—¡Corramos, Helix! —exclamas, y das media vuelta dispuesta a salir corriendo de ese lugar de terror.

—Ni hablar. Este circo es mi hogar y no pienso permitir que ese feo monstruo de aspecto cambiante arruine mis ilusiones. Sería un desprestigio para cualquier artista nómada —responde Helix—. Os ruego que salgáis ambos y gritéis: «Venid, bohemios». Cuando acudan los refuerzos, hacedlos entrar.

—¿Crees que tus estúpidas tradiciones circenses van a salvarte? Eres más necio de lo que creía, humano. Este lugar está tan predestinado como tú mismo —proclama socarrón el usurpador plantándose frente a Helix—. No puedes vencerme.

—Eso pronto lo veremos —responde vuestro amigo, extinguiendo su pipa con cuidado antes de saltar sobre su adversario.

Petrus y tú os arrojáis fuera de la tienda, gritando con todas vuestras fuerzas:

—¡Venid, bohemios!

Casi al instante os rodea una auténtica multitud de hombres armados.

—¡Rápido! —los apremias—. ¡En esa lona hay un usurpador que intenta matar a Helix!

—¿Helix? ¡Corramos a ayudarlo! —exclama un hombre cangrejo, agitando una maza de hierro con sus pinzas.

—¡No, esperad! En mi circo no existen esas criaturas, de modo que ya podéis volver todos a vuestro quehacer —ordena Bombax abriéndose paso entre la muchedumbre.

Tras una breve pausa, el compacto grupo sigue avanzando.

—¡Un paso más y perderéis vuestro trabajo! —amenaza Bombax.

—¿Significa eso que dejaremos de ser tus esclavos? —dice, irónico, un hombre cangrejo, al tiempo que cierra sus tenazas en un ominoso chasquido.

Los presentes empiezan a proferir gritos de protesta contra su situación, haciéndote temer que estalle la lucha antes de rescatar a Helix. Pero, de pronto, se descorre la cortina de la tienda. El gentío se sume en el silencio cuando aparece tu singular amigo con el cuerpo enroscado en torno al monstruoso usurpador.

—No me llaman por capricho «Helix el Plegable», el Este individuo no es tan poderoso como imaginaba.

La siniestra criatura lanza un grito de ira y forcejea para liberarse, pero Helix se reafirma en su asfixiante abrazo, apretando todos sus miembros contra el paralizado esqueleto, hasta ahogar sus gritos.

No me llaman por capricho «Helix el Plegable, el Hombre más Flexible del Mundo». Y ahora, para que no podáis quejaros de haber acudido en vano, Laela y Petrus van a contaros una historia. No se extenderán demasiado. Estoy seguro de que la encontraréis interesante. Anomura, te recomiendo que no te alejes demasiado de nuestro amigo Bombax.

Con cierto nerviosismo tu compañero y tú exponéis los hechos.

Las enfurecidas voces de los presentes saludan vuestro relato, mientras el dueño del circo se debate entre las garras del hombre cangrejo.

—¿Dónde están los otros usurpadores? —lo interroga Anomura entrechocando sus pinzas bajo la nariz de su cautivo.

—¿Qué otros? —se defiende Bombax.



Al instante un golpe seco de las tenazas corta medio mostacho del asustado patrón.

—El bigote vuelve a crecer, la nariz no —advierte Anomura aprovechando el pánico que agarrota a Bombax.

—Trabajan como vendedores de maíz —confiesa al fin.

Levantando su garra libre con un brusco ademán, Anomura dispersa a sus compañeros para que corran en busca de los restantes usurpadores. Luego se vuelve hacia Helix y pregunta:

—¿Qué hacemos con estos dos?

—Encerradlos juntos en un carromato bien atrancado. Más tarde nos ocuparemos de ellos.

—¡No, no podéis confinarnos en la misma celda! —suplica Bombax—. ¡Ocupará mi cuerpo y me matará!

—Deberías haberlo pensado antes de fraguar tu plan —se limita a espetarle Helix.

—¡Por favor, separadnos! ¡Si lo mantenéis apartado de mí, satisfaré todos vuestros deseos! —ofrece, desesperado, el bribón.

—¿Dirás en presencia del rey dónde se encuentran los usurpadores que has apostado en las distintas ciudades?

—¡Sí, lo prometo!

—Me parece un trato justo. ¿Qué opináis vosotros?

—Estoy de acuerdo —accede Helix—. No podemos permitir que esas criaturas deambulen por el país. Y, de todos modos, Bombax no volverá a hacer daño a nadie. Ahora deberíamos regresar al carromato. Vuestra madre estará preocupada —añade dirigiéndose a vosotros.

—¿Nuestra madre? —repite Petrus sorprendido.

—En efecto, a menos que os consideréis demasiado mayores para vivir con alguien que os cuide.

—¡Oh, no! Sería magnífico ¿verdad, Petrus? —exclamas.

Tu compañero esboza una cálida sonrisa. Comprendes que, al fin, has hallado un hogar.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Me gusta estar aquí, a pesar de Bombax. Quizá piense que puede matarnos como a unos simples insectos, pero le demostraremos que se equivoca —dices indignada.

Durante el resto de la tarde Petrus y tú ensayáis el número, como si vuestra vida dependiera de vuestra pericia... y así es en realidad.

Cuando se acerca la hora de la función, estás agotada, pero te anima una renovada confianza. Apenas tienes tiempo de cambiarte de ropa antes de oír la música que anuncia vuestra actuación y emprender carrera en dirección a la carpa.

—Y ahora el Circo de los hermanos Bombax se complace en presentar a Laela y Petrus, los más jóvenes trapevistas del mundo. Realizarán un arriesgado número que, sin duda, será del agrado de todos. Observen que no van a utilizar ninguna red, pese a evolucionar a muchos metros sobre la arena. Si caen, sólo el «espía», que se ha extendido debajo del trapecio, aliviará el daño que puedan sufrir.

Mientras os encaramáis por la escala, Clusia señala con el dedo a la ominosa criatura. El público sofoca una exclamación de pánico. El maestro de ceremonias prosigue:

—Nadie se ha precipitado en los últimos años, pero nunca se sabe.

Te instalas temblorosa en el columpio y empiezas a darte impulso, alcanzando una notable velocidad en escasos segundos. La luz de las antorchas adosadas a los mástiles ilumina tus movimientos con cegadores destellos. Tus horas de ensayo parecen hallarse muy lejos. Te preguntas qué haces en este lugar de pesadilla, donde unos asesinos intentan acabar con tu vida.

—¡Laela, ya puedes lanzarte! ¡Ha llegado el momento decisivo! —exclama Petrus.

Respiras hondo varias veces, a fin de serenar las violentas palpitations de tu corazón, te agarras con fuerza al columpio y proyectas tus piernas. Subes tan alto que tocas con las puntas de los pies al techo de lona. Luego inclinas el cuerpo hacia atrás, sujetándote a la barra por la parte posterior de tus rodillas.

Mientras te balanceas a un ritmo vertiginoso, intentas calcular el tiempo con perfecta exactitud. Al fin, te sueltas y surcas el aire como un grácil pájaro en pos de Petrus, estirando las manos y abandonándote a tu destino. Una sensación de alivio invade tus sentidos cuando agarras sus muñecas.

Sin embargo, la momentánea paz se troca en terror al comprobar que tus manos se deslizan. Tus húmedos dedos resbalan despacio por las muñecas de tu compañero, empujados por el peso de tu cuerpo hacia el vacío, hacia el «espía»... y la muerte.

—¡Petrus, ayúdame! ¡Voy a caer!

—¡No puedo! —responde angustiado en su posición invertida—. Estoy perdiendo velocidad a causa de tu peso.

Comprendes que debes hacer algo, de lo contrario, ambos caeréis.

1. [Puedes soltarte con la esperanza de evitar al «espía», pasa a la página 147.](#)
2. [Puedes resistir y confiar en que alguien te ayude, pasa a la página 60.](#)
3. [Puedes asir la lágrima de cristal y llamar al pegaso, pasa a la página 16.](#)

Sin un instante de vacilación, corres junto al domador caído y le arrebatas la daga.

Rodeando la masa gris, que ya ha engullido a Petrus casi por completo, hundes el arma en su cuerpo. La ominosa red se convulsiona y emite un quedo gruñido.

Apuñalas al perverso monstruo una y otra vez con el punzante filo, aunque debes cuidar de no lastimar a tu amigo ni al oso-lechuza.

Al fin tu adversario se agita en un terrible estertor y se desmorona, lanzando un alarido de dolor.

Te apresuras a tirar de la mano de Petrus, la única parte de su cuerpo que permanece fuera de la enmarañada prisión. Aunque moribundo, el monstruo se muestra reticente a soltar a sus víctimas, por lo que hallas cierta dificultad en liberar a tu amigo.

Casi sin resuello y sujetándose la cabeza entre las manos, Petrus se incorpora.

—Por favor, levántate —le apremias—. Tienes que ayudarme a liberar a los otros de esa masa viscosa o morirán sin remedio.

—Deberíamos abandonar al oso-lechuza a su suerte —farfulla Petrus—. Todo ha sido culpa suya. —Sin embargo, se levanta y, con paso vacilante, te ayuda a apartar la red y a liberar a Romney de las garras de Brutus.

—No se ha roto ningún hueso —sentencia tu compañero, tras tantear el cuerpo del domador—. Sólo está medio asfixiado. —Sin perder un segundo, se inclina hacia adelante y le practica la respiración artificial.

Romney no tarda en abrir los ojos, tras inhalar una larga bocanada de aire fresco. Cuando el color vuelve a animar sus pómulos, pregunta, con voz aún débil:

—¿Qué ha ocurrido?

—Has sido atrapado por Brutus —le explica tu compañero ayudándolo a incorporarse—. He utilizado esa red para auxiliarte, pero ha cobrado vida y ha tratado de devorarnos. Lo hubiera conseguido de no ser por la intervención de Laela.



—Lo he atacado con tu daga —declaras—. No se me ha ocurrido ninguna otra alternativa.

—Has obrado bien, muchacha. Esa masa gris no es una red, sino un «espía» que Bombax suele incluir en el número del trapecio. Si alguien cae, se convierte en la cena de ese amorfo ser. Deberíamos habérselo advertido, pero no creí que tuviérais que enfrentaros tan pronto a esa contingencia. Lo que no comprendo es qué ha podido sucederle a Brutus. Los osos-lechuza son animales con los que estoy bien compenetrado.

Romney se acerca al inerte cuerpo de la criatura y, tras inspeccionarlo, dice con tristeza:

—Ha muerto.

—¿Cómo es posible? —vociferas—. ¡Resulta increíble que se haya asfixiado con tanta rapidez!

—Me temo que no ha sido ésa la causa del fallecimiento, sino un veneno que le han inoculado —aventura Romney con el rostro contraído.

—¿Quién perpetraría una acción tan despreciable? ¿Y por qué motivo? —inquire Petrus.

—Lo ignoro, pero pienso averiaguarlo. Crié a Brutus desde que era un simple cachorro —responde el domador con acento de amargura.

De pronto atruena el aire un ensordecedor rugido, emitido por Caspius al olisquear a su hermano y comprobar lo ocurrido. Al grito le sigue un lastimero gemido.

Te abrazas a su hirsuto cuerpo y tratas de tranquilizarlo:

—No llores, Caspius, descubriremos al culpable. Vamos, acompáñame y descansa. —Despacio, entre frases amables, conduces al apesadumbrado animal hacia el exterior.

[Por favor, pasa a la página 37.](#)

—Hemos llegado —anuncia Helix señalando con el índice una tienda de rayas blancas y azules presidida por un gran rótulo que reza: *vea las asombrosas momias vivientes*. En el interior hay un pequeño escenario y dos sillas.

—Creo que no va a gustarme.

—No te comportes como una niña mimada, Laela —te reprende Petrus—. Te parecerá divertido si imaginas que es la noche de Walpurgis y que te has disfrazado para la ocasión. Nunca pudimos hacerlo —le explica a Helix—. Siempre hemos tenido que trabajar.

El recuerdo de cómo transcurría tu vida en La Corneja Ebria constituye un acicate suficiente para que subas sin vacilar al escenario y te sientes junto a Petrus.

Pronto el público empieza a deambular por las abigarradas casetas de lona. Helix anuncia:

—¡Entren y vean a las inefables momias vivientes! ¡No se pierdan este singular espectáculo! Aunque han permanecido durante siglos en una perfecta momificación, son tan humanas como todos nosotros. Respiran y se mueven del mismo modo. ¡Vamos, anímense! ¡Sólo cuesta una moneda contemplarlas!

Durante largas horas una interminable hilera de espectadores os observan boquiabiertos y con los ojos fuera de sus órbitas. Cuando empiezas a pensar que tu resistencia ha llegado al límite, entra Helix.

—¡Excelente trabajo, muchachos! Habéis sido un acontecimiento. Descansad un poco. Ya ha empezado la representación. Voy al carromato en busca de bebidas. Regreso dentro de un minuto.

—¡Ha sido fantástico, Laela! —exclama Petrus—. ¡Me encanta ser una momia!

Te dispones a responder cuando Bombax entra en la tienda, seguido por Clusia y una mujer que se oculta tras un velo.

—Aquí los tenéis —dice el patrón—. ¿No os parecen horripilantes? —añade, sin dejar de agitar el dedo en dirección a vosotros—. Ha sido una suerte descubrir a tiempo que el rey no cree en las adivinas; de lo contrario, se habrían venido abajo todos nuestros planes. Creo que esta pareja servirá admirablemente para nuestros propósitos.

—No entiendo cómo pueden ayudarnos estas feas criaturas —responde la misteriosa fémina.

—Los usurpadores ocuparán sus cuerpos esta misma noche —explica Bombax—. Mañana traeremos aquí al rey y a la reina para que estas momias, convertidas en meras fachadas de nuestros secuaces, los suplanten, tomando posesión de sus identidades. Es muy sencillo.

De pronto la adivina levanta la vista y cruzáis una breve mirada.

—¿Qué me dices de ellos? —inquiérese—. Son capaces de sentir y de pensar, y en estos momentos conocen tus planes. ¿No temes que se opongán a ser aniquilados?

—¡No seas necia! —se burla Bombax—. Tienen el cerebro demasiado embotado para comprendernos. ¡Traed a los usurpadores! Tenemos mucho que hacer.

En el instante en que cae la cortina, Petrus se pone en pie y te apremia:

—Muévete, Laela. Salgamos de aquí antes de que nos apresen.

—¿Qué podemos hacer?

1. —Contárselo todo a Helix. Él hallará una solución. —Si estás de acuerdo, pasa a la página 83.
2. —Utilizar la lágrima de cristal. —Si te parece buena idea, pasa a la página 140.
3. —Emprender la huida. No lograríamos vencerlos. —Si crees que es la mejor alternativa, pasa a la página 59.

—Aquí estaremos bien —dices deslizándote bajo el carromato—. Pronto dismantelarán el circo, de modo que podemos dormir cobijados hasta entonces. Estoy tan cansada que necesito reponer fuerzas. Y, estirando la falda para cubrirte bien las piernas con sus pliegues, te arrebujas para pasar la noche.

—No creo que sea una buena idea —susurra Petrus sin dejar de escudriñar las sombras—. También yo me siento agotado, pero prefiero permanecer despierto por si aparece Bombax.

Tu compañero se aposta desafiante frente a ti, pero, al ver que pasan las horas sin el menor indicio de peligro, los párpados empiezan a pesarle de un modo incontrolable.

Al fin se sienta en el suelo y apoya la cabeza en sus rodillas, luchando por no ceder al sopor. Pese a sus denodados esfuerzos, sus ojos acaban por cerrarse. El sueño ha reclamado sus derechos.

—¡Excelente! —exclama una voz que apenas te saca de tu letargo, aunque la reconoces como la de Bombax. Levantas con dificultad tus pesados párpados y ves que el siniestro personaje sale de detrás de un árbol frotándose las manos, al tiempo que añade:

—Clusia, haz venir a tus hombres; ya es hora de que cumplan con su cometido.

Con los pensamientos aún confusos, intentas centrar la mirada y ves que dos sombrías figuras surgen del bosque en dirección a vosotros.

—Allí tenéis vuestros nuevos cuerpos —dice Bombax señalándoos con el dedo—. Os reservaba para suplantar a los soberanos, pero esta pareja es también importante. Si no los detengo, son capaces de desarticular mis planes, de modo que tomad posesión de sus identidades. En el momento oportuno os cambiaremos por criaturas más acordes con las necesidades.

Todos tus sentidos dan la alarma al unísono cuando los dos ominosos usurpadores surcan el aire como la niebla y quedan suspendidos sobre Petrus y sobre ti. Abres la boca dispuesta a lanzar una llamada de auxilio, pero ningún sonido brota de tus labios. Un gélido entumecimiento invade tu mente, para luego paralizar todo tu cuerpo, dejándote indefensa.

La voz de Bombax resuena de nuevo en tus oídos.

—Bien, Clusia, hemos aprovechado la noche —declara contemplando el proceso

por el que habéis de ser neutralizados—. Mañana estos «niños» harán todo cuanto deseemos. Luego nos libraremos de ellos sin correr el menor riesgo.

—Han sido muy amables al permitir que los atrapásemos sin oponer resistencia —comenta socarrón el maestro de ceremonias.

Despacio, muy despacio, la oscura sombra que se yergue sobre ti se disuelve en la nada. Sientes una creciente presión en tus entrañas y piensas horrorizada que tanto tu cuerpo como tu alma libran una vana batalla contra un invasor intangible. Un nuevo impulso de rebeldía cobra vida en tu ser, pero no tarda en ser ahogado, hasta que te sumes en una total inconsciencia.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—De acuerdo, Helix, nos convertiremos en momias vivientes —accedes—. ¿Qué tenemos que hacer?

—¿Queréis empezar esta noche? Existe esa posibilidad. Pero, si lo preferís, podéis maquillaros y dar un paseo por el circo para acostumbraros a su ambiente — propone Helix.

1. Si decides incorporarte enseguida, pasa a la página 19.
2. Si crees que sería mejor explorar antes el entorno, pasa a la página 38.

Cuando las refulgentes estrellas empiezan a desvanecerse con los primeros albores del día, Petrus y tú montáis sobre dos pegasos. Posado en el borde del nido, tu corcel despliega sus inmensas alas y levanta el vuelo mecido por el viento.

Subes tan alto que te asalta la sensación de que tu mente y tu cuerpo se han fundido con la bóveda celeste.



Tus miedos se disipan con el solo contacto de la piel del equino bajo tus rodillas. Animada por un intenso júbilo, abres los brazos y te dejas acariciar por el viento.

Cuando al fin el pegaso vuelve al nido, has olvidado tanto el circo como a la humanidad. Estás en paz. El legendario animal y tú os habéis convertido en un único ser.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Según Rebus Romney, también yo tengo un don. Creo que debo participar y es lo que voy a hacer —declaras agarrando una rama que hay en el suelo.

Recogiendo la pesada cadena de la puerta, Petrus la blande y empieza a avanzar.

—¡Vamos, gato, vuelve a tu jaula! —ordena al kamadán sin dejar de agitar la cadena frente a él—. No te tengo miedo. ¡Obedece!

El kamadán lanza un rugido y salta sobre vosotros, con tal fiereza que se produce a tu alrededor un incontrolable torbellino de pelambre y de desgarrados gritos.

Unos minutos más tarde, el felino vuelve a sus rejas y se amodorra, emitiendo maullidos de satisfacción.

—¡Fantástico, Clusia! —felicitas Bombax a su secuaz, mientras cierra la jaula con el enorme candado—. Tu plan ha surtido el efecto deseado. Debo reconocer que ha resultado perfecto.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Avanzando con toda la rapidez que te permiten tus pies momificados, te diriges hacia el carromato.

—¡Helix! ¡Momo! —vociferas.

Cuando te hallas cerca de los vehículos, oyes ruido de pasos detrás de ti. Al volverte presintiendo lo peor, ves a Bombax, a Clusia, a *madame* Leone y a otros dos individuos corriendo en tu persecución.

—¡Detenedlos! —ordena Bombax—. ¡No podemos permitir que escapen!

—¡Huye, Laela, mientras yo trato de entretenerlos! —te apremia Petrus—. Consigue ayuda y vuelve cuanto antes.

Azuzada por el pánico, te adentras en el campamento llamando a tus amigos.

—¡Helix, Momo, auxilio!

No obtienes respuesta. Una rápida mirada al lugar te revela que está desierto. No puedes recurrir más que a ti misma, de modo que analizas las posibilidades que se te ofrecen, en un intento desesperado de ayudar a tu amigo. Puedes:

1. [Acometer en solitario el rescate de Petrus, pasa a la página 157.](#)
2. [Seguir buscando a alguien dispuesto a prestarte su ayuda, pasa a la página 106.](#)

Cuando empieza la función vespertina, los felinos se mueven con gran desasosiego sobre sus tambores de alegre colorido, agitando sus temibles tentáculos y exhibiendo unos punzantes colmillos, que refulgen bajo la intensa luz.

—Parecen estar más inquietos de lo normal esta noche —comenta Romney—. Supongo que reciben nuestras vibraciones, con ese peculiar sexto sentido que los caracteriza. Si tú estás nervioso, lo captan al instante. Y lo que es peor, si tienes miedo, puede significar tu muerte. No olvidéis que os enfrentáis a animales dotados de una agilidad excepcional. Si os atacan, lo harán de un modo demasiado fulgurante como para que pueda rescataros. Una vez entréis en la jaula, tendréis que arreglároselas por vuestra cuenta. Por eso quiero daros una última oportunidad de retiraros.

—No estamos asustados. Tú mismo has dicho que poseíamos un don —replica Petrus con ademán resuelto.

Tu reacción instintiva te incita a protestar, pero comprendes que, a menos que actúes, el reino caerá en manos del perverso Bombax. Ese pensamiento sella tus labios.

Entras en la jaula metálica de la pista central, con el cuerpo erguido. Cuando os halláis los tres en el interior, un empleado cierra la verja.

Un redoble de tambores anuncia el inicio de vuestro número. De pronto una estridente melodía flota en el ambiente, interpretada en un tono tan agudo que te resulta ensordecedor.

—¡No toquen esa música! —exclama Romney mirando en todas direcciones, en un desenfrenado intento de descubrir la fuente del molesto sonido.

Pero las desacordes notas siguen sonando, produciéndote un escalofrío que recorre tu espina dorsal para adentrarse en tu cerebro. Te dejas caer al suelo y te cubres los oídos con las manos, tratando de ahogar el ruido del insoportable concierto que parece vibrar en todas tus visceras.

Pese a tener los ojos empañados por las lágrimas, ves que Romney se esfuerza en controlar a los felinos atrapados que se convulsionan con sus sentidos profundamente alterados. Emitiendo gritos de dolor, los kamadanes saltan de sus tambores, dispuestos a abalanzarse sobre el enemigo más próximo: vosotros.

Los maulladores agitan sus negras melenas y, con un amenazador siseo, bajan de

sus pedestales para acechar todos vuestros movimientos. Comprendes que si quieres salvar la vida debes abandonar la jaula.

—¡Petrus! —dices con voz queda—. Deslízate hasta la puerta. Si no salimos de esta prisión, seremos despedazados.

Romney se une a vosotros, haciendo restallar el látigo. Os abrís paso, con suma cautela, entre los enloquecidos felinos que os acosan sin dejar de mostraros sus garras, lacerando el aire en torno a vuestras cabezas.

Al fin llegáis junto a la reja. Romney estira el brazo y da un fuerte tirón, pero el metálico entramado no cede.

—Le han puesto un candado —advierte Petrus al domador, señalándole la recia cadena que han enroscado en los barrotes.

Tienes una vaga noción de la vociferante multitud de espectadores, los zarpazos de los agresivos animales y la sonrisa de satisfacción que se dibuja en los labios de Bombax cuando el mundo empieza a dar vueltas a tu alrededor. Sólo aciertas a preguntarte, en un extraño estado de estupor, si ha llegado tu

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Esa tarde, en las casetas, un hombre enjuto se acaricia su esquelética cabeza y, mirándoos con sus grandes ojos castaños, os dice:

—No tengáis miedo, niños. No voy a haceros ningún daño. —Es tan alto y delgado, y está dotado de unos miembros tan flexibles y largos que te recuerda más a una cigüeña famélica que a un ser humano.

—¡No seas necio, Helix! No vas a convencerlos sólo con palabras. Tendrán que descubrirlo por sí mismos —le reprende una mujer más oronda de lo imaginable y rebosante de cordialidad.

—Vamos, pequeños, no os preocupéis por nada —os consuela, atrayéndoos hacia su enorme pecho, para luego estrecharos en un abrazo y añadir—: Con Momo y Helix estáis a salvo.

—¡No somos pequeños! —protesta enfurecido Petrus desprendiéndose de su amoroso contacto.

—No os disgustéis, queridos, no quería ofenderos. Lo que ocurre es que Helix y yo no hemos tenido hijos, y eso nos causa un hondo pesar. Si venís con nosotros, os advierto que tengo en el fuego una marmita de sopa. Hay además unos buñuelos dulces que no tardarán en salir del horno y que podremos saborear en cuanto estén listos.

—¡Sí, señora! —se apresura a aceptar Petrus.

Os sentáis tímidamente junto a la extraña pareja y engullís el mejor ágape de toda vuestra vida.

—Discúlpenos si hemos sido un poco antipáticos, pero no estamos acostumbrados a recibir un trato tan amable.

—Lo sé muy bien, muchacha. Me hago cargo de vuestra situación —te tranquiliza Momo. Abrazándoos a ambos de nuevo—. Helix y yo no somos lo que la gente suele definir como «personas normales», de modo que nadie se molesta en ser amable con nosotros. Como veis, no nos resulta difícil comprenderos.



—¡Qué absurdo! —exclama Petrus sorbiendo la sopa ruidosamente—. Yo os encuentro encantadores.

—Gracias —responde Momo con una carcajada—, pero hay pocos que compartan tu opinión. Lanzan una mirada a mi marido y no pueden tomarlo en serio, a pesar de su aguda inteligencia. Estudió Derecho y casi nos morimos de hambre cuando abrió su bufete. Siempre que salimos juntos a pasear, todos se vuelven para reírse. Por mi parte, no puedo evitar mi obesidad ni mi corta talla.

He rezado a todos los dioses, pero no dejo de engordar.

—No te preocupes de lo que diga la gente —la consuela Helix dándole unas palmadas en su ancha espalda.

—¿Se burlan de vosotros en la calle? —preguntas.

—¡Ya lo creo! Momo y yo somos diferentes, aunque sólo en nuestro aspecto exterior. Lo que ocurre es que casi nadie busca más allá de las apariencias, de modo que no nos dan ocasión de demostrar que somos criaturas con sentimientos e ideas propias. Además, algunas personas se irritan al estar junto a alguien distinto, porque ese hecho obliga a comprender que también ellas están lejos de ser perfectas. Ese es el motivo de que Momo y yo nos hayamos unido al circo. Aquí se nos trata como a dos miembros más de la compañía. Nadie se ríe al vernos ni profiere insultos ofensivos.

—Salvo los ciudadanos que acuden a presenciar nuestro número —le corrige la gruesa mujer—. ¡Ellos siguen sacando partido de nuestro físico poco usual!

—Debes aprender a ignorarlos —le recuerda su esposo—. No pueden evitar su propia necesidad.

—Espero no haber herido vuestros sentimientos —te disculpas—, pero lo cierto es que todo ha ocurrido tan deprisa que aún no sabemos en quién podemos confiar. Gracias por alimentarnos —añades—. Ésta ha sido la mejor comida que me han ofrecido jamás, y a ambos nos causaría una gran satisfacción convertirnos en vuestros amigos.

—Creo que antes debéis contarnos qué hacéis aquí —os propone Helix, estirando su interminable cuerpo para encender su pipa con los rescoldos del fogón.

Petrus y tú intercambiáis una fugaz mirada, tomando una muda decisión. Unos minutos más tarde les habéis contado toda la historia, a la que sucede un prolongado silencio, interrumpido sólo por el chisporroteo del fuego.

—Siempre he sospechado que ocurría algo siniestro bajo la alegre fachada de este espectáculo, pero no quería confesármelo —admite Helix al fin—. ¿Estáis seguros respecto a los usurpadores y a la adivina?

—Completamente —declaras.

—Querida Momo, tenemos que hacer algo. Éste es nuestro hogar y nos consideramos leales súbditos de Greyhawk. Si permitimos que Bombax lleve a término sus oscuros planes, destruirá nuestras vidas con su ansia de poder.

—¡Oh, Helix! ¿Qué será de nosotros? —lloriquea la infeliz mujer.

—No te preocupes, todo irá bien. Déjalo de mi cuenta.

—¿Podemos ayudarte? —ofrece Petrus—. Para nosotros también es importante. No tenemos otro lugar a donde ir.

—Cualquier oposición a Bombax o a Clusia puede entrañar un grave riesgo —os advierte Helix—. No somos tontos.

—Si hay algún medio de detenerles, queremos contribuir.

—De acuerdo —accede vuestro enjuto amigo—. Pero lo primordial es que desaparezcáis sin pérdida de tiempo.

—No pienso esconderme —gruñe Petrus.

—Mi idea es disfrazaros, no manteneros ocultos —explica Helix.

—¿Cómo? —inquieres, movida por la curiosidad.

—Convirtiéndooos en parte del espectáculo, de tal modo que Bombax os pueda mirar a los ojos sin reconocerlos.

—¿Qué debemos hacer? —Sigues preguntando, ahora con cierto recelo.

—Transformaros en momias vivientes.

—¿Sufriremos algún daño? —Ves que tampoco Petrus está tranquilo.

—Por supuesto que no. Se trata de aplicaros un simple maquillaje. Voy a mostrároslo cubriendo vuestras manos y rostros, para que comprendáis mejor de qué se trata —declara Helix, al tiempo que revuelve en el interior de una enorme caja.

—¿Existen en realidad las momias vivientes? —preguntas sentándote a sus pies.

—Sí y no —contesta el interpelado—. Algunas personas contraen una enfermedad que produce arrugas en su piel. Se desconoce la causa y, por lo tanto, el mal es incurable. Este maquillaje, cuando se seca, confiere a quien se lo pone una apariencia muy similar —añade, mientras extiende sobre tu tez una viscosa pasta que ha extraído de un tarro.

—La actuación es muy simple. Sólo tenéis que moveros un poco y dejar que el público os contemple para cerciorarse de que estáis vivos. Algunas personas querrán hablaros, pero sugiero que os impongáis un total mutismo.

—¡Puahh! ¡Estás horrible, Laela! —exclama Petrus—. De no saber que eres tú, me sentiría aterrorizado.

Alzas tus manos y las contemplas anonadada. Tu piel se ha tornado cenicienta, arrugada y cadavérica. Aunque comprendes que es efecto del maquillaje, no puedes contener un escalofrío.

—Tu turno, muchacho —anuncia Helix.

Ves, sin apenas dar crédito a tus ojos, cómo tu amigo se convierte en un ser de pesadilla. Advirtiéndote tu desasosiego, Petrus agita frente ti sus desfiguradas manos.

Pese a saber que se trata de tu compañero de aventuras, no puedes reprimir un alarido de pánico.

Te ocultas detrás de la falda de Momo. De pronto te percatas de la presencia de un hombre cangrejo, que se acerca a Helix para preguntarle:

—¿Has visto a dos niños por aquí?

—No lo recuerdo. ¿Por qué?

—He oído farfullar a Bombax y a esa rata de Clusia que tenían que deshacerse de ellos y, como me ha dado la impresión de que lo que pretenden es matarlos, he pensado que lo mejor sería buscarlos para avisarlos de lo que les espera. —Al levantar la mirada, te descubres agazapada junto a Momo y cambia de tema—. Creía que tu momia viviente nos había abandonado —aventura.

—Y así es —responde Helix—. Pero tuvimos la suerte de dar con estas dos en otra ciudad. Aún no se han exhibido, son muy tímidas y no se acostumbran a sentirse observadas. Es posible que empiecen mañana.

—Será lo mejor. Ya sabes lo que opina Bombax de alimentar a los artistas que no trabajan.

Cuando el hombre cangrejo se aleja, Petrus dice:

—Parecía obrar de buena fe. ¿Por qué no le has revelado nuestra identidad?

—Cuantas menos personas sepan quiénes sois más seguros estaréis —responde—. Es casi la hora de la representación vespertina. ¿Queréis uniros a nosotros?

—¿Puedo charlar un rato con Laela?

—Por supuesto. Ven, Momo, dejémoslos solos para que hablen tranquilos.

—¿Qué vamos a hacer, Petrus? Este disfraz podría surtir efecto, pero me produce náuseas.

—Creo que nuestras opciones no pueden estar más claras —responde tu amigo, mientras admira sus manos momificadas.

1. —Actuemos como momias vivientes en las casetas laterales. —Si ésa es tu decisión, pasa a la página 78.
2. —Convirtámonos en domadores de animales. —De elegir esta alternativa, pasa a la página 47.
3. —Siempre me ha gustado el trapecio. —Si coincides con tu compañero, pasa a la página 103.

Tratando de concentrarte, golpeteas el muro con un ritmo específico. Uno, pausa. Uno, dos, pausa. Uno, dos, tres, pausa.

—¡Un mono no podría hacer esos ruidos acompasados! —exclama el hombre cangrejo—. ¡Abre la puerta o no vacilaré en derribarla!

—Si sabes lo que te conviene, no te inmiscuirás en este asunto. Déjame tranquilo o atente a las consecuencias... y a las decisiones de Bombax —le amenaza el peón.

—¿De modo que Bombax se oculta detrás de este misterio? En ese caso, insisto en que abras.

Oyes un alarido de dolor. Unos segundos más tarde, la puerta cede. Petrus y tu salís a trompicones, cegados por el repentino fulgor de las antorchas.

—¡Caramba, una pareja de momias vivientes! —se asombra un hombre cangrejo.

Al oírle, te apresuras a desprender el emplasto que te cubre el rostro. Con la ayuda de Petrus, pronto aparecen tus rasgos bajo el espantoso maquillaje y aciertas a balbucear, aclarándote la garganta:

—Helix... Momo.

—¿Queréis ir con ellos? De acuerdo, niños, nosotros os llevaremos... Tú no, amigo —añade vuestro salvador sujetando con sus tenazas al huidizo trabajador—. Tienes que explicarme una larga historia.

Empezáis a andar en dirección al carromato de Helix y Momo, seguidos por una creciente multitud de hombres cangrejo, hasta que os rodea un auténtico ejército rojo. Enlazas tu mano con la de Petrus y esbozas una sonrisa de felicidad. Sabes que a partir de ahora tu vida cambiará.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)



Sin perder un instante elevas frente a ti la preciosa lágrima de cristal que pende de tu cuello y, blandiéndola como un estandarte, te acercas temerosa al enfurecido oso-lechuza.

Lanzando un ensordecedor aullido, el animal suelta a Romney para atacarte. Sin dejar de mirarte con sus ojos fulgurantes ni de emitir ominosos chasquidos con el pico, tu agresor te envuelve en sus mortíferas garras.

Petrus salta sobre la criatura y descarga, una lluvia de golpes en su espalda.

—¡Déjala! —vocifera en medio de un torbellino de pelambre y de plumas.

De pronto reemplaza a los gritos del animal un quedo zumbido que asemeja al ronroneo de un gato.

Afianzada en los hirsutos brazos del oso-lechuza, lo miras a los ojos y sonríes. Acto seguido, acaricias la cristalina lágrima para formular un deseo, al tiempo que das a Brutus unas cordiales palmadas.

—Buen muchacho —le susurras—. Ahora bájame, para que puedas contarnos qué ocurre.

Descolgándose por el dorso de la gigantesca criatura, Petrus se sitúa junto a Romney y lo contempla, mientras pasea sus hábiles manos sobre el cuerpo de su compañero de tantos años. Cuando le toca el estómago, Brutus lanza un rugido de dolor.

—¡Veneno! —sentencia—. Tenemos que darle un antídoto o morirá. Esperad aquí y procurad que no se excite. Volveré enseguida —os ordena, abandonando la lona.

Cuando el domador regresa, Brutus yace en el suelo con el cuerpo doblado sobre sí mismo. Su respiración se ha tornado fatigosa. Te sientas junto a él para acariciarlo.

Romney lo obliga a abrir su enorme pico, vertiendo al instante en su garganta un denso líquido de una tonalidad verdosa.

—Espero que surta efecto. Sin conocer la exacta naturaleza del veneno no hay forma de estar seguro. Vosotros dos podéis volver al carromato y esperarme allí —os dice—. Me quedaré junto a Brutus hasta que esté fuera de peligro. Laela, guarda con sumo celo ese amuleto de cristal. Ha sido una suerte contar con su ayuda.

Aunque a regañadientes, dejáis al domador con su animal.

—Petrus, detente unos minutos. Me tiemblan tanto las piernas que apenas puedo caminar —ruegas a tu amigo, derrumbándote sobre la escalera de un carromato

cercano.

—He creído que Brutus iba a matarme —admites, aún agitada—. He sentido verdadero pánico.

—Ya ha pasado todo. Estás viva y no debes avergonzarte por haber tenido miedo. También yo me he asustado. Lo importante es que has acertado a actuar, a pesar de tus temores. Debo confesar que en tu lugar no sé si habría sido tan valiente. Imagínate que la lágrima fuera una simple pieza de cristal; a estas horas estaríamos todos muertos.

—Esa idea ni siquiera ha cruzado por mi mente. Recuerda que el pegaso prometió que me ayudaría, y estos animales nunca mienten.

—Pero Bombax sí —declara Petrus—. Fue él quien envenenó a Brutus y abrió la jaula del kamadán. Sospecho que no descansará hasta librarse de nosotros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntas.

1. —Huyamos antes de que nos maten y tratemos de advertir al rey. —Si aceptas su sugerencia, pasa a la página 112.
2. —Esperemos a Romney para explicarle qué está sucediendo. —Si te parece la mejor solución, pasa a la página 37.

Detectas la maldad que irradian los ojos de Bombax y te asalta el temor de que conozca la verdad. En una reacción instintiva, aprietas a correr.

Resuenan en tus tímpanos sus enfurecidos gritos, al mismo tiempo que una serie de manos se estiran para atacarte. Al fin, entorpecidos tus movimientos por tu disfraz, tropiezas y caes.

—Apartaos —ordena Bombax situándose sobre ti—. ¿Qué ocurre aquí? —pregunta con voz sibilante, mientras vuelve tu rostro hacia él. Te invade el pánico al sentir que tu maquillaje se derrite con su contacto.

—¿Qué clase de mascarada es ésta? —ruge frotando cruelmente tus pómulos con un paño.

—¡De modo que eres tú! —constata sorprendido—. Nunca lo habría imaginado. Si no hubieras emprendido la huida, me habrías engañado por completo, pero es demasiado tarde.

Sujetando tu hombro con firmeza, se vuelve hacia la multitud que se ha congregado en torno a la escena y dice:

—Vamos, todo el mundo a trabajar. ¡Hombres cangrejo, atrapad a los otros!

Tus amigos son detenidos sin dilación. Bombax os conduce a los cuatro a la tienda de la adivina.

En el interior, una mujer cubierta con un vistoso chal se halla sentada frente a una mesa, con una baraja de cartas en la mano.

—Adelante, queridos —os invita—. Os esperaba. Acercaos para que pueda leerlos el porvenir; por supuesto, gratis.

Mientras la mujer se prepara, te preguntas aturdida si tenéis un futuro o ha llegado vuestro

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Caspius, escúchame —dices, sin dejar de acariciar la áspera pelambre del oso-lechuza—. Ahora sabemos quién mató a Brutus y necesitamos tu ayuda para atraparlo. ¿Te gustaría colaborar con nosotros?

Caspius salta sobre los barrotes de la jaula y emite un sonoro rugido.

—¿Crees que nos ha comprendido, Romney? —inquire Petrus.

—No estoy seguro. Aunque los osos-lechuza son animales inteligentes, se dejan llevar por sus emociones. Si tienen hambre, devoran lo primero que cae en sus garras, y cuando los lastiman no vacilan en atacar a la criatura que se halla más próxima.

—En cualquier caso, creo que Caspius nos ayudará —declaras confiada.

—Esperémoslo —suspira el domador—. Si fracasamos, no se presentará una segunda oportunidad. De todos modos, nada ganamos preocupándonos ahora. Descansemos un rato. Nos queda poco tiempo.

Cae la noche antes de lo que cabría desear, y con ella Petrus aparece frente a ti.

—¡Mira, Laela! ¿No te gusta mi disfraz? Apresúrate o llegaremos tarde. — Lanzándote una incierta sonrisa, desciende por la escalera y se desvanece.

Te pones sin tardanza tu traje verde selva. Su aterciopelada suavidad produce sobre ti un efecto sedante. Tras desenredar tu rubio cabello con un peine labrado, estás a punto.

—No he de tener miedo —te amonestas, contemplando en el espejo tus azules ojos—. Haré cuanto sea necesario —sigues susurrando para infundirte ánimos. Tu resolución permanece inquebrantable durante los números de los grifos y los felinos.

—¡Espléndido! —te felicita Romney—. Saldremos victoriosos.

Al fin, llega el decisivo momento en que Bombax entra en la pista central y anuncia:

—Damas y caballeros, debo reclamar su atención. El Circo de los hermanos Bombax se enorgullece de poder presentarles a Laela, Petrus y Caspius, el monstruoso bailarín. Dado el riesgo que entraña esta actuación, les rogamos que guarden silencio. Cualquier ruido, por débil que sea, es susceptible de desencadenar los salvajes instintos de la criatura. Y ahora contemplen las evoluciones de Laela y Petrus, en rigurosa exclusiva mundial.

En medio de un repentino silencio, las antorchas proyectan un dorado resplandor sobre Caspius, cuando os introducís en la arena. El gigantesco oso-lechuza te hace

sentir como un pigmeo al alzarse. Tirando de la recia cadena de hierro, conduces al animal al centro de la pista y te sitúas frente a él.

—Siéntate, Caspius —le susurras, y la criatura obedece. Cuando se encuentra apoyado sobre sus cuatro patas, extraes una llave de tu bolsillo y, con un rápido movimiento, liberas los pesados eslabones del enjoyado collar que exhibe.

—¿Qué diablos...? —gruñe Bombax, mientras el público ahoga una exclamación.

De pronto se oye una cantarína melodía interpretada a la flauta. Sus notas evocan en tu mente la imagen de unas nubes reflejadas en un cristalino arroyo, así como el aroma de las flores en un cálido día de estío. Se enciende otra antorcha y se perfila la silueta de Petrus sentado, con las piernas cruzadas en un pedestal, tocando el instrumento musical. Tomas en tu diminuta mano la garra de Caspius y empezáis a danzar.

Mientras giráis y os deslizáis al compás de la delicada tonadilla, piensas que tendrás que actuar pronto si quieres que el plan resulte. Pero, a medida que os abandonáis al mágico ritmo de la flauta, sientes también que Caspius se libera de su pesadumbre, de modo que no te decides a interrumpir su curación.

Perdida como estás en tu maravilloso universo de paz, no puedes por menos que sobresaltarte cuando un estridente ruido interrumpe el concierto de Petrus, vibrando en el interior de tu cerebro como si mil criaturas emitiesen otros tantos silbidos al mismo tiempo. Te sumes en una extraña penumbra y te desplomas sobre tus rodillas, convencida de que si no mueres te volverás loca.



De pronto oyes un rugido, seguido por un áspero grito de miedo que se desvanece de forma brusca. Lanzas una atónita mirada a tu alrededor, tratando de comprender lo ocurrido.

Reina un caos indescriptible. A la luz de las antorchas, que no cesan de aumentar, ves que el público corre en todas direcciones. Algunos empleados del circo se han congregado en la pista central armados con espadas, mientras un grupo de hombres cangrejo se acercan provistos de cuerdas y cadenas. Romney contempla perplejo cómo Caspius estrecha a Bombax en un mortífero abrazo.

Los supuestos salvadores se detienen, bajan sus pertrechos y miran, sin dar crédito a sus ojos, el gran silbato de plata que sostiene Bombax en su fornido puño. Despacio, el patrón separa sus gruesos dedos y el objeto cae en la arena.

—¡Ya basta, Caspius! —dice Romney con voz serena. Tras un instante tenso, la descomunal criatura permite que arranquen de sus zarpas al desmayado Bombax.

Unas horas más tarde, Petras y tú os reunís con Romney en torno a la mesa de su carromato.

—No comprendo por qué Bombax ha tocado el silbato —declara Petras—. Sabía que o Caspius nos mataría a todos o bien perderíamos la cordura. ¿Cómo esperaba justificar su acto con tantos testigos presenciales?

—Muy fácil —responde Romney—. Se ha ocultado en las sombras, convencido de que nadie detectaría su presencia. Sin embargo, al hacerlo ha olvidado que los oso-lechuza ven en la oscuridad y que, en consecuencia, no tendría oportunidad de escapar. Estos animales poseen también un oído muy sensible; el silbido ha lastimado a Caspius, incitándolo a sofocar el raido de la única manera que conoce.

—Nuestro plan no habría funcionado mejor, excepto para Bombax —comenta Petras—. La intervención del gobernador ha sido espléndida.

—Me alegro de que haya creído nuestra historia —apostillas.

—Sí. ¿Os habéis fijado en la cara de Clusia cuando se lo llevaban los guardias? —sonríe malicioso tu amigo.

—Estaba más interesado en las palabras del gobernador. Ha afirmado que el circo quedaría bajo la protección del monarca, si no aparece ningún heredero —recuerda Romney—. Eso sería estupendo. Pero ya es hora de que algunos artistas noveles se retiren a descansar.

Llena de satisfacción, te acuestas en tu litera. Cuando cierras tus pesados párpados, te entregas a un agradable sueño, en el que Caspius y tú danzáis alegremente al son de una flauta mágica.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—De modo que queréis convertirnos en trapezistas, ¿no es así? —pregunta el apuesto joven atusando su encerado mostacho—. Pues bien, habéis venido al lugar idóneo. Yo, Bebiana, soy el mejor artista del mundo. Pero ¿por qué queréis aprender? Es difícil. Quizá no lo logréis nunca. Os advierto que nunca seréis tan buenos como yo. —Y, flexionando los músculos, se admira a sí mismo frente al espejo de cuerpo entero que cuelga del muro de su carromato.

—Si nos ponemos a tus órdenes, es porque sabemos que eres un consumado trapezista. No pretendemos igualarte —respondes apoyando la mano en el hombro de Petrus para calmar su creciente indignación—. Si trabajamos con empeño, quizá lleguemos a merecer tu respeto, y todos comentarán que eres un excelente maestro.

—Tienes razón —admite Bebiana, componiendo su capa, a fin de darle mejor caída—. Estoy seguro de que seré un maravilloso profesor, pues todo en mí es soberbio. De acuerdo, podéis quedaros, pero debéis obedecer mis órdenes y apartaros de mi camino cuando no estemos ensayando. En primer lugar, llevad esos uniformes al arroyo y lavadlos. ¡Cuidado con los alamares! No debéis perderlos. Luego limpiaréis el carromato. Me temo que he estado demasiado ocupado para prestarle la debida atención.

Bebiana os arroja un hatillo de ropa sucia, da un último retoque a su refulgente cabello rubio y se aleja.

—Laela, ¿cómo puedes permitir que te hable en ese tono? —estalla Petrus—. No es más que un ser engreído, obsesionado con sus preciosos músculos. ¡Nunca llegaréis a ser tan buenos como yo! —le imita—. Soy el mejor, un artista soberbio... ¡Y un asno presumido! —concluye, recostándose con desdeñoso ademán en el revuelto camastro.

Las palabras de tu amigo son saludadas con unos histéricos gritos, acompañados por una prolongada ovación.

—¿Qué...? —exclama Petrus, y ambos os asomáis a la parte inferior del lecho.

Dos ojos negros y maliciosos se enfrentan a vuestra mirada.

—¡No es más que el mono! —declaras aliviada—. ¿Cómo le llamó el maestro de ceremonias durante la función de ayer?

—Catcher —recuerda tu compañero, atrayendo al hirsuto animal hacia él.

Dejándose llevar, el divertido simio rodea con sus largos brazos el cuello de

Petrus y lo estrecha contra su pecho.

—¿Qué debería hacer debajo de la cama? —preguntas.

—Al parecer, es la vivienda que le ha asignado Bebiana —responde tu amigo, examinando la cadena de plata afianzada al collar de Catcher.

Cuando la hebilla se abre con un chasquido metálico y cae el eslabón que aprisionaba al animal, éste emite un grito de júbilo y empieza a dar saltos por el vehículo.

—¡Rápido, atrápalo! —vocifera Petrus. Durante varios minutos reina el desconcierto en la reducida estancia.

—¡Ahora ya sabemos por qué Bebiana lo tiene encadenado!

—Si vuelves a hacerlo, Catcher, me veré obligado a atarte de nuevo —le advierte tu compañero al excitado animal.

Catcher baja la cabeza y farfulla unas confusas palabras.

—Compórtate como es debido y no tendremos que hacerlo —añades acariciando la pelambre rojiza del mono.

—Laela, temo que nos hayamos equivocado —te espeta de pronto Petrus—. Bebiana no nos enseñará nunca nada de provecho. ¡Incluso utiliza a un simio como compañero para no tener que competir con otra persona! Nos convertirá en sus esclavos particulares. Por otra parte, no quiero ser trapealista si para lograrlo debo pasarme el día doblando el espinazo frente a ese necio pretencioso.

—Exageras, Petrus, no creo que sea tan terrible. Además, podemos observarle y aprender a pesar suyo. ¿Qué otra alternativa se nos ofrece?

1. —Podemos ser domadores de fieras —sugiere Petrus, pasa a la página 47.
2. —Recuerda que nos han ofrecido trabajar en las casetas. —Si opinas que es una buena idea, pasa a la página 86.
3. —Prefiero quedarme aquí y aprender los secretos del trapecio. —Si ésa es tu decisión, pasa a la página 108.

—¡Atrapadla! —exclama Bombax mientras te internas en la oscuridad. Azuzada por el pánico, doblas una esquina y distingues frente a ti la tienda del cocinero. Sentados en torno a una mesa están Helix y Momo.

Avanzando unos pasos con las piernas temblorosas, pides auxilio antes de desplomarte.

—¡Laela! —vocifera tu desgarbado amigo, recogíendote en el aire.

—¡Entregadme a esa momia! —ordena tu perseguidor.

—Es mi hija, y se quedará conmigo. ¿Qué has hecho con mi otro vástago?

—¿Qué historia es ésta de hijas y vástagos? Yo no veo más que un par de monstruos, y puedo tratarlos como me plazca —replica Bombax tirando de ti.

De pronto dos sólidas pinzas aparecen a ambos lados del cuello del patrón.



—¡Ay! —protesta al sentirse atenazado, tratando de apartar de su garganta los sofocantes apéndices.

—Enciérralo en una jaula, Anomura —declara Helix. Un instante después, el hombre cangrejo se aleja con su prisionero.

—¿Dónde está Petrus? —pregunta Momo con semblante preocupado.

—Cerca de aquí, aunque no en buena compañía. Lo rodean Clusia, *madame* Leone y dos usurpadores —explicas.

—¡Que alguien me ayude a rescatar a mi hijo! —apremia Helix a los presentes.

—¡Adelante! —responden los peones del circo, armándose con herramientas de combate y congregándose en torno a él.

Helix te deposita en los cálidos brazos de Momo diciendo:

—No te muevas, cariño, no tardaremos. Sobre todo, no te preocupes. Todo va a salir a pedir de boca.

Mientras te dejas arropar por Momo, piensas que tras tantas desventuras has hallado un hogar.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Empecemos cuanto antes —dices arremangándote—. Creo que no han limpiado nunca este lugar.

Unas horas más tarde, lanzas una mirada de satisfacción a tu alrededor. La morada refulge bajo el barniz, el lecho resulta más acogedor con sus nuevas sábanas y un aromático estofado bulle en los fogones.

—Espero que ese loro fatuo sepa apreciar nuestra labor —comenta Petrus con un suspiro—. No tardaremos en comprobarlo. Por ahí viene.

—Muchacha, ¿has lavado la ropa? —son sus primeras palabras.

—Sí, y también la he remendado. Todo está en el armario, a punto para poner.

—Espero que hayas sido cuidadosa. Los niños suelen comportarse de un modo irresponsable —dice Bebiana.

El trapecista se interrumpe de forma brusca al examinar el immaculado carromato.

—¿Cómo lo habéis hecho? —pregunta—. ¿Acaso sois aprendices de ilusionista?

—En absoluto. El agua y el jabón han bastado en este caso.

—Muy hacendosos. Y listos también. ¿Qué es esto? —añade levantando la tapa del perol donde hierve el estofado. Cuando inhala sus efluvios, reconoce—: Quizá me he precipitado al juzgaros. ¿Dices que incluso te ha quedado tiempo para zurzir? Bien, después de todo creo que podré sacar partido de vosotros. Mudad esos ridículos atuendos por un par de uniformes —os ordena—. Es la hora de vuestra primera clase. —Mientras habla, arroja unas mallas sobre el camastro. A continuación, se sirve el estofado.

—Petrus, me siento extraña —confiesas, una vez te has vestido.

—Te acostumbrarás —te consuela tu amigo—. No puedes hacer piruetas en el trapecio con una falda larga.

—No tenéis tiempo para charlar. Seguidme y haced todo cuanto yo haga —os instruye Bebiana antes de salir del carromato con un curioso contoneo.

Petrus yergue el pecho, enlaza su brazo con el de Catcher y empieza a andar en pos del maestro sin dejar de imitar sus pomposos movimientos. Sofocando con dificultad la risa, te sitúas en la retaguardia del pequeño cortejo que se dirige a la carpa principal.

—Esto es resina —explica el trapecista, al mismo tiempo que os enseña a frotaros las manos con una sustancia similar a la tiza—. Es muy importante. Vuestra vida

puede depender de que os la hayáis aplicado. No olvidéis nunca que, al impedir que os resbalen los dedos, constituye la única frontera entre la supervivencia y la muerte. Usadla en cualquier ocasión.

Examinas el resinoso polvillo, confiando en que recordarás siempre el primordial papel que juega en el trapecio.

—Observadme. Este es el modo correcto de trepar por la escala —prosigue Bebiana. Durante varias horas no haces sino aprender a encaramarte, a equilibrar tu peso, a sentarte en la barra y a balancearte con una cadencia perfecta.

Te sorprende comprobar que el desagradable hombre es un excelente maestro, un soberbio atleta y, en definitiva, un trapecista tan consumado como presume.

Descubres también que, si no miras al suelo —que se halla a sólo tres metros de la barra de ensayo—, puedes realizar todas las evoluciones que te ordenan. No tienes más que concentrarte para creer que estás jugando sentada en un columpio de cuerda.

Trabajar con Petrus se te antoja más duro. A menudo calculas mal la distancia cuando intentas aferrarte a él en un salto elemental. Sin embargo, a medida que avanza la tarde tus caídas se hacen menos frecuentes.

—Nunca antes había estado tan dolorido —gime Petrus cuando se tumba en el suelo, después de varias horas de ensayo.

—Te comprendo muy bien —respondes, mientras te haces un masaje en las piernas—. Pero piensa en lo mucho que hemos aprendido. Ya sabemos descolgarnos apuntalados sólo en las rodillas y lanzarnos hacia adelante. Incluso he acertado a dar una voltereta.

—Pero te has caído por no asirte a tiempo a mis manos.

—No ha sido ése el problema, sino que no me he untado las mías con la resina. Las he alcanzado, pero no he podido evitar deslizarme. En ese momento me he alegrado de estar a escasa distancia de la arena, de lo contrario, me habría lastimado.

—¡Vamos, pareja, se acabó el descanso! —ordena Bebiana—. Bombax ha venido a decirme que quiere veros actuar esta misma noche. He intentado explicarle que aún no estáis preparados, pero ha sido inútil, de modo que tendréis que seguir practicando los ejercicios de rutina que os he enseñado.

—¡Eso es imposible, Bebiana! Nunca nos hemos alzado a más de tres metros del suelo —protestas horrorizada.

—No te preocupes, Laela. Si caemos, la red nos recogerá —te consuela Petrus.

—¿La red? ¿Acaso no lo sabéis? —pregunta el trapecista palideciendo de pronto.

—¿A qué te refieres? —preguntas a tu vez. Un repentino escalofrío atenaza todos tus músculos.

—No utilizamos red en este número —susurra Bebiana con el pánico reflejado en el rostro.

—¡Eso es mentira! ¡Yo mismo la he visto! —exclama Petrus—. Está en el suelo, al pie del mástil central.

—Eso no es una red, sino una criatura llamada «espía» —explica con cierta

amargura vuestro maestro—. A Bombax le gusta introducir peligros adicionales para dar más emoción al espectáculo. El «espía» se extiende debajo de los trapecios, y sólo los dioses pueden ayudar a aquél que cae en sus garras.

—¿Qué hace con sus víctimas? —preguntas temerosa.

—Aprisiona y devora a cualquier ser vivo que logra atrapar. En ocasiones incluso agita el mástil para provocar accidentes, de modo que no podéis bajar nunca la guardia.

—¿Y no colocan una red más abajo? —Tus palabras delatan un hondo desaliento.

—No —contesta el trapecista y, evitando tu mirada en todo momento, da media vuelta para alejarse.

—¿Qué vamos a hacer, Petrus? Actuar con red sería arriesgado, pero hacerlo con un «espía» que nos acecha para destruirnos me parece un despropósito. ¡No lo conseguiremos!

—No tenemos muchas alternativas, Laela —te recuerda tu amigo.

1. —Podemos obedecer las órdenes de Bombax y atenemos a las consecuencias, —pasa a la página 69.
2. —Podemos fraguar un plan para desarmar al «espía», —pasa a la página 42.
3. —Podemos huir antes de que Bombax nos mate, —pasa a la página 112.

—Petrus, no alces la mirada. Límitate a adentrarte en el bosque fingiendo que intentas levantarme el ánimo.

Petrus obedece tus instrucciones. Te conduce hacia la espesura sin dejar de reír y de hacer divertidas piruetas. Una vez protegidos bajo los árboles, emprendéis carrera.

—¡Rápido! —le apremias—. Hay dos pegasos volando sobre nosotros. Creo que han venido a buscarnos.

—No los veo, pero espero que estés en lo cierto. Bombax nos persigue.

Al fin encontráis un pequeño claro donde han aterrizado los bellos equinos.

—Ahora soy yo quien salvará vuestras vidas —declara el de menor tamaño—. Éste es mi hermano Relámpago, y yo me llamo Mercurio. Montad en nuestros lomos antes de que sea demasiado tarde. El enemigo se acerca.

—¡Vamos! —exclama Petrus, ayudándote a encaramarte al refulgente cuerpo de Mercurio. A continuación da un salto en el aire, posándose con gran agilidad en el espacio que separa las argénteas alas de Relámpago.

—Sujetaos a nuestras crines y no bajéis los ojos —os recomienda Mercurio antes de avanzar unos pasos para tomar impulso y suavemente, sin esfuerzo, desplegar sus brillantes alas y lanzarse al aire. Ganando altura a gran velocidad, los pegasos trazan varios círculos en torno al claro, en el momento en que Bombax y Clusia aparecen entre la densa vegetación.

Rodeando con tus brazos la cerviz de Mercurio, contemplas el distante suelo desde una vertiginosa altura, hasta perder de vista a tus enemigos. Una vez a salvo, inclinas el cuerpo hacia adelante y susurras:

—Gracias por volver.

—Una promesa siempre debe cumplirse —responde el pegaso—. Y ahora, ¿dónde queréis ir?

—A ver al rey. ¿Podéis llevarnos a su presencia?



—Por supuesto, las criaturas como nosotros no conocen las limitaciones espaciales —declara Mercurio—. Pero ¿por qué eliges a un hombre? Los seres humanos son peligrosos. Sólo saben matar y destruir.

—Podríais vivir con nosotros en nuestro nido —sugiere Relámpago—. Allí no hay criaturas perversas.

—Me temo que eso es imposible —dices con dulzura—. Tenemos que hablar con nuestro soberano para impedir que Bombax maltrate a otros como hizo con Mercurio.

—Ni una palabra más —te ataja comprensivo Relámpago, deslizándose por el aire a una velocidad sorprendente.

A lomos del poderoso pegaso cortas el viento, con tanta emoción como pánico al otear la tierra.

De pronto aparecen las torres del castillo real. Tras rodear el edificio de mármol blanco, los pegasos descienden despacio hasta un reducido patio.

Con una grácil inclinación de cabeza, Mercurio susurra:

—He pagado mi deuda, querida niña, pero si me necesitas de nuevo no dudes en llamarme. ¡Adiós! —Y ambos animales se elevan hacia el cielo, no tardando en desaparecer a lo lejos.

—La mayoría de los visitantes entran por la puerta —dice una voz—, pero he de admitir que pocos llegan montados sobre pegasos.

Dando media vuelta, ves a un hombre vestido de armiño. Una enjoyada corona cubre su cabeza.

—Majestad —decís al unísono haciendo una profunda reverencia—. Estamos aquí para advertiros de una conspiración contra vuestro reino. Alguien ha planeado sustituirnos y gobernar en vuestro lugar —le espeta Petrus sin preámbulos.

—No es mala idea —responde el monarca con un suspiro, quitándose la pesada corona y depositándola sobre un banco—. Siempre hay confabulaciones para arrebatarme el trono. Si esos necios supieran la carga que supone reinar, pagarían gustosos con tal de mantenerme en mi puesto. Pero contadme lo que han urdido esta vez. Supongo que tendré que detenerlos —añade acariciándose la desnuda frente y tomando asiento.

—Se trata del circo que llegará mañana. Cuentan con usurpadores. ¡Lo oímos todo! —exclama Petrus. Unos minutos más tarde, le habéis relatado toda la historia.

—Así que esos bribones se ocultan tras el maravilloso espectáculo del circo —se lamenta el rey—. Lo siento más de lo que imagináis, pues esperaba ansioso este acontecimiento. Cuando era príncipe, me fascinaban sus arriesgados números, las manzanas aderezadas con canela, los payasos y los mastodontes. ¡Ojalá fuera joven! Quizá me decidiría a dar a esos necios lo que tanto ansian, uniéndome a los otros trotamundos. Sería estupendo convertirme en una persona anónima, en un payaso —piensa el soberano en voz alta.

—No vais a hacerlo, ¿verdad, majestad? —preguntas asustada.

—No, por desgracia no puedo —responde el monarca suspirando de nuevo—.

Pero tengo tanto derecho a soñar como cualquier otro mortal. Ahora venid conmigo. El reino se salvará gracias a vosotros. Cuando todo haya terminado, habrá lugar en este castillo para una pareja de muchachos. No es tan interesante como el circo, pero os ruego que os quedéis. Reflexionad sobre mi ofrecimiento.

No hay mucho que reflexionar. Instalarte en el castillo se te antoja una excelente idea.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Acaricias la lágrima y farfullas:

—Pegaso, te ruego que nos ayudes.

No has concluido tu frase cuando azota tu rostro una ráfaga de viento y dos pegasos se materializan frente a ti.

—Estamos a tus órdenes —dice el de menor tamaño.

—Necesitamos vuestro concurso para rescatar a Bebiana y a Catcher —dices corriendo al lado de tu interlocutor.

—Montad sobre nosotros y no temáis nada —ordena el equino.

Te aferras a la argéntea crin para encaramarte al ancho lomo de la criatura. Una vez te has instalado, da un potente salto y se aleja del suelo. Ves que, a tus pies, Bombax se precipita en el centro de la pista sin dejar de señalarte con el dedo. Al bajar de nuevo la mirada, compruebas que un grupo de hombres cangrejo han rodeado al tirano y lo tienen firmemente atenzado.

Pronto quedas suspendida junto al tembloroso Catcher y al espantado trapecista. Petrus espolea a su montura hasta acercarse tanto que Bebiana se desliza sin dificultad sobre el majestuoso animal y, sujetándose al talle de tu compañero, dice aliviado pero con voz trémula:

—Ya estoy a salvo. Podemos irnos.

—Aún no hemos terminado —respondes.

—Olvida al mono. ¡Ha intentado matarme!

—¡Catcher! —le llamas, haciendo caso omiso. El simio da media vuelta e intenta seguir subiendo, pero no tiene dónde ir.

—Catcher, sé que Bombax te ha envuelto en un hechizo y te ha obligado a actuar como lo has hecho. Se lo explicaré a los otros y nadie te hará daño. Ahora te suplico que bajes.

Despacio, el asustado animal gira sobre sí mismo y te contempla con los ojos llenos de lágrimas. Todo su cuerpo se convulsiona a causa del disgusto.

—Comprendo que no querías lastimar a tu amo ni a nadie, Catcher. Por favor, confía en mí.

Sus largos dedos sueltan el inseguro agarradero y al fin se sienta sobre el lomo del pegaso. El equino se estremece cuando acomoda su enorme peso a tu espalda.

—Pegaso, querido amigo, te suplico que nos lleves ante el rey —dices. Tu alada

montura se posa de inmediato frente al palco real.

—Nunca había visto actuar con tanta valentía —declara el soberano—. Os daré diez monedas de oro, o quizá más. A menos que esta escena formara parte del espectáculo —añade frunciendo el ceño, preocupado.

—Eso ha sido —se apresura a vociferar Bombax, mientras forcejea para liberarse.

—¡Mentir no te servirá de nada! —amenazas al bribón, y todos los presentes empiezan a hablar al mismo tiempo.

—¡Silencio! —ordena el rey—. Cada uno de vosotros tomará la palabra por turnos, y nadie podrá interrumpir.

Relatas los hechos con la mayor brevedad posible. Aunque también Bombax es un orador convincente, la evidencia lo acusa. Incluso Clusia se vuelve contra el propietario circense, en un intento de salvarse.

—¡Bombax me obligó a hacerlo, soy inocente! —proclama.

—¡Lleváoslos! —manda el monarca a sus guardias, antes de dirigirse a los hombres cangrejo—: Sois libres, podéis regresar a vuestro pueblo con mis bendiciones y mi promesa de protegeros. ¡Id en paz! Pegasos, nobles criaturas, a partir de este día los de vuestra especie gozaréis de mi permiso para deambular a placer por los bosques de Greyhawk. Nadie podrá apresaros ni comerciar con vosotros. Sed libres. Laela, Petrus, vuestro valor ha salvado al reino. Los perversos usurpadores serán desterrados, Bombax y Clusia quedarán confinados donde no puedan perjudicar a nadie, y el orden se restablecerá en estas tierras. Pero ¿qué puedo hacer por vosotros, cómo voy a recompensaros?

—Majestad —farfulla Petrus—, ¿qué ocurrirá con el circo? ¿Existe alguna posibilidad de que vivamos en él?

—¡Buena sugerencia! —lo felicita el monarca—. Como soy muy aficionado a este espectáculo, lo convertiré en el circo oficial de Greyhawk. Pero no puedo permitir que erréis por el país sin un adulto que se responsabilice de vosotros. Bebiana, te nombro tutor de estos niños. Tú serás el único responsable de su formación y de su bienestar. Después de cómo se han arriesgado para rescatarte, supongo que estarás de acuerdo en que es lo menos que puedes hacer. ¿Me equivoco?

—¡No, majestad! Son unos muchachos excelentes. Me sentiré honrado ayudándolos —balbucea Bebiana apretando los dientes.

—No olvidéis que mi nombre ocupará siempre la cabecera del cartel —añade en voz baja, dirigiéndose a vosotros.

Enlazando vuestras manos con las del hirsuto Catcher, Petrus y tú os inclináis en una reverencia, sin acertar a reprimir una sonrisa por vuestra buena fortuna.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Durante la larga noche discutís sobre las ventajas de quedaros o partir. Cuando al fin despunta el alba, Petrus suspira y declara:

—Estoy de acuerdo en ayudar a Helix, a Momo y al rey, pero no me importa lo que pueda ocurrirles a los otros. Nadie se ha preocupado nunca por mí, así que no hay razón para correr riesgos intentando favorecer a quienes me rodean.

—Te equivocas. Todos debemos socorrer a los demás. No podemos volver la espalda al mundo. Además, Helix y Momo se han encariñado con nosotros.

—Muy bien, abandono —accede Petrus—. Pero, si la decisión dependiera de mí, permanecería donde estoy.

Antes de que el sol se eleve en la bóveda celeste, comunicas a Crin Plateada lo que habéis resuelto.

—Lo siento —admite con voz suave—. Pero quizá sea mejor así. Venid —añade alzando su enorme cabeza—. Si hemos de ayudaros, éste es el momento.

Unas emocionadas vibraciones recorren tus venas cuando montas a lomos de tu pegaso. Con su proverbial suavidad la manada de equinos surca el cielo matutino, colmándolo de alas blancas y de argénteas crines.

El grupo desciende en picado, atravesando un banco de nubes. Al otro lado de la esponjosa masa descubres el castillo del rey y, acampado en sus inmediaciones, el circo.

Sin hacer la menor pausa, los pegasos se precipitan hacia la tierra, deteniéndose con tal brusquedad que te crees próxima a morir.

Lanzas una aturdida mirada a tu alrededor y compruebas que has aterrizado junto al carromato de Bombax. Unos instantes más tarde, se desarrolla ante tus ojos una escena inesperada: cuatro musculosos corceles rodean el vehículo y lo reducen a astillas con los golpes de sus cascos.

Acuclillado cerca de las ruinas, Bombax tiembla de miedo, mientras Crin Plateada holla el suelo con estruendo a escasos centímetros de su rostro. De pronto uno de los jóvenes alazanes agarra por la camisola de dormir al espantado patrón y emprende el vuelo.



Un alarido de terror brota de los labios de Bombax cuando siente su orondo cuerpo suspendido en la fría brisa de la mañana. Los miembros del circo, aún adormecidos, salen de sus carromatos para contemplar la escena: la manada de pegastos invadiendo el cielo sobre sus cabezas.

Como una línea de plata, los equinos rodean las torres del castillo y emprenden el vuelo hacia alturas insondables.

Tu animal vuela emparejado con el que transporta a Bombax, y oyes que le dice al bribón:

—Eres una criatura perversa. Has causado dolor, sufrimiento e incluso la muerte tanto a hombres como a bestias. Por esta razón, tu fin está próximo. Un ser que no valora el precioso don de la existencia no debe amarla en demasía.

—¡No, espera! —suplica Bombax—. ¡Prometo enmendarme!

—¡Crin Plateada, no lo dejes caer! —intercedes.

—¿Qué motivo puede impulsarte a rogar por su vida? ¡No lo merece! —proclama el magnífico equino.

—Creo que matarlo sería un menosprecio para ti mismo —interviene Petrus—. Entrégaselo al rey y permite que sea él quien decida su castigo. Además, estoy seguro de que no te gustaría que un ser humano condenara a un pegasto sin contar con la opinión de tus congéneres.

—Posees una gran sabiduría para ser hijo de un hombre —responde Crin Plateada.

La manada traza un último círculo, antes de descender suavemente y aterrizar en un patio interior del castillo.

Al poco rato se congrega en torno a vosotros una multitud de aturdidos cortesanos. Está incluso el monarca, que no acierta a reprimir sus bostezos de sueño.

—¡Majestad, no me dejéis a su albedrío! —implora Bombax, arrojándose a los pies del mandatario—. Os contaré todo cuanto deseáis saber, pero amparadme bajo vuestra protección.

—Un ofrecimiento interesante —se limita a responder el soberano con cierta frialdad.

Las lágrimas se agolpan en tus ojos cuando te despidas de tu pegasto.

Rodeando su cuello con tus brazos, apoyas la cabeza en su hocico y preguntas:

—Mi querido pegasto, ¿volveré a verte algún día?

—Nunca se pierde del todo a los seres amados —declara la criatura—. Siempre que me reserves un lugar en tus pensamientos, estaré contigo.

Con la vista nublada por el llanto, observas cómo los equinos se elevan en el cielo antes de desaparecer.

—Bien, mis jóvenes súbditos. Debo confesar que mi despertar suele ser más prosaico, pero si la historia que se oculta tras este despliegue es la mitad de interesante que el método elegido para presentármela, prometo no interrumpiros una sola vez. Y ahora —añade el soberano cubriendo tu hombro con su brazo—, ¿qué os

parece un desayuno regio? ¡Guardias, llevaos a este hombre!

FIN

Para vivir otra aventura, retorna al [principio](#).

Abriendo la boca, gruñes y lloriqueas lastimeramente, al mismo tiempo que manoseas la túnica de Bombax.

—¡No me toques! —vocifera el propietario circense, dando un salto hacia atrás, y limpiándose el pecho con un pañuelo de seda—. ¡Eres un monstruo y tu mal podría ser contagioso! ¡No quiero convertirme en una momia! —El grueso individuo se apresura a desprenderse del pañuelo, te contempla con expresión de pánico y emprende carrera.

La reacción de Bombax te complace más de lo imaginable, pero por fortuna el pastoso maquillaje de tu rostro te impide sonreír.

Tosiendo, o quizá riendo detrás de la mano con que oculta su boca, Helix te agarra por el brazo y te aleja de la tienda de la adivina.

—¡Espléndido, habéis pasado la primera prueba! He vivido unos instantes de preocupación, aunque sin motivo: ni vuestras propias madres os reconocerían —declara tu larguirucho protector.

—Si tuviéramos madre... —farfulla, melancólico, Petrus.

[Por favor, pasa a la página 74.](#)

—Quizá nos ayude el hombre cangrejo —dices a Petrus, tirando de él en pos de Anomura.

—¡Lo atraparemos durante el espectáculo! —exclama el curioso individuo cuando le exponéis la situación—. Reuniré a mis hombres. Vosotros quedaros aquí. Es más seguro.

—Nos perderemos la escena si esperamos en este lugar, y eso no sería justo —protesta Petrus—. No sabrías ni una palabra de lo que sucede si no fuera por nosotros, de modo que vamos a acompañarte.

—De acuerdo —accede Anomura—, pero al menos no desmontéis de los pegasos. No quiero que os aplasten si hay violencia.

Cabalgando sobre vuestras monturas, seguís al ejército de hombres cangrejo fuera de la carpa, en dirección a las iluminadas casetas laterales. Al doblar una esquina, ves que Bombax invita al rey a entrar en una tienda.

—Vuestra guardia debe quedarse en el exterior —explica el bribón—. Pero no correréis ningún peligro, majestad, mientras os adivinan el porvenir. —Los centinelas se encogen de hombros y se apostan a ambos lados de la puerta.

Los hombres cangrejo se despliegan, y en medio de su estratégica operación descubres a dos vendedores de maíz que se acercan, amparados en las sombras.

—Anomura —le adviertes, señalándole con el dedo a las sombrías figuras.

Antes de que se percaten de que ha sido detectada su maligna presencia, los supuestos comerciantes son atrapados por las invencibles tenazas de los hombres cangrejo y arrastrados hasta un rincón pese a sus intensos forcejeos.

Unos instantes más tarde, la cabeza de Bombax asoma por la entrada de la tienda y examina el entorno con ademán preocupado.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Anomura.

—A nadie que tú conozcas.

—Voy a darte una sorpresa —dice Anomura agitando la mano en dirección a los cautivos.

—¡Soltad a esos hombres! —ordena Bombax.

—Hemos contado toda la historia a quien ha querido escucharla —le anuncia Petrus desde su pegaso—. Libera al rey.

—¡Nunca! —se revuelve el siniestro patrón.

—No consentiré que dos niños entrometidos desbaraten mis planes—. Y, sin perder un instante, desaparece tras la cortinilla de la tienda.

—¡Perseguidlo! —vocifera Anomura, con tal premura que la caseta es asaltada al unísono por guardianes y hombres cangrejo. La lona sufre violentas sacudidas antes de desmoronarse, bamboleándose en todos los sentidos, mientras se desarrolla una cruenta batalla entre sus rayados pliegues. Al fin Bombax se desliza por debajo del extremo opuesto, arrastrando al soberano tras él.

Dos pegasos se apresuran a cortar el paso al bribón, colocándose en ambos flancos e impidiéndole cualquier movimiento con sus cascos. El equino que monta Petrus no tarda en aplastar contra el suelo el cuerpo del conspirador y ordenar:

—¡Basta! —Bombax abandona la lucha y retira la mano con la que atenazaba al monarca.

El rey se incorpora y declara, sin dejar de acariciarse el magullado cuello:

—Sólo acierto a imaginar lo que iba a ocurrir en esa tienda, pero me parece evidente que os debo la vida. Formulad un deseo y se cumplirá sin demora.

Mientras los guardias y los hombres abandonan a trompicones la desmontada caseta, el rey intercambia una sonrisa contigo y con tu compañero. En el fondo de tu corazón sabes que a partir de ahora tu vida cambiará.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)



A la mañana siguiente, Rebus Romney os despierta, mientras prepara el café y los cereales con leche.

—He pensado que podéis empezar a ensayar hoy mismo —anuncia—. No hay razón para esperar más tiempo.

—¿Qué aprenderemos en primer lugar? —preguntas, saltando de tu angosto camastro.

—Algo sencillo. Quizá a domesticar osos-lechuza.

—¿Sencillo? —repite Petrus—. ¡Creía que esos animales tenían instintos asesinos!

—Cierto, pero sólo si los provocas. En realidad son bastante estúpidos, además de tragones. La comida es su mayor debilidad, seguida por las joyas. Por eso los tenemos bien alimentados. Y les damos una bolsa de quincalla después de cada representación, para que se sientan felices. En resumen, si sabéis evitar el contacto con sus cuerpos, estaréis a salvo. Vamos, desayunad y manos a la obra.

Hacéis lo que os ordena el domador, y pronto los platos están ordenadamente apilados en el abigarrado aparador.

Mientras camináis en dirección a las jaulas, Romney os instruye:

—Observadme con mucha atención. Realizaré una vez la actuación completa para que os familiaricéis con su mecánica.

Deteniéndose frente al carromato rojo donde viven los osos-lechuza, el domador se sitúa junto a la puerta y la abre. Sostiene en una mano una pelota de carne recocida y en la otra una pesada cadena.

Tras alzar la compacta albóndiga en la punta de sus dedos, Romney la agita frente a la reja abierta, para soltarla con gran habilidad cuando cinco afiladas pezuñas surcan el aire en dirección a él.

El animal se abalanza sobre la comida, con tal fruición que ni siquiera se percata de que Romney se acerca sigiloso, para afianzar la cadena a su collar tachonado de gemas.

—Aquí tienes —dice Romney, alargando la correa metálica a tu compañero—. Se llama Brutus. Cuando acabe de desayunar, condúcelo a la pista central. Laela, tú te ocuparás de su hermano Caspius.

—Toma —te ordena tu maestro ofreciéndote otra pelota de carne—. Inténtalo. Ya

has visto cómo has de hacerlo. Recuerda que debes guardarte de sus zarpas.

—Ven, Caspius, mira lo que te he traído —lo llamas balbuceante, mostrando el alimento frente a la puerta abierta.

Tras lanzar un sonoro rugido, Caspius salta sobre la albóndiga, arrancándola de tus trémulos dedos.

—Rápido, muchacha, sujeta la cadena ahora que está entretenido —te apremia Romney. Aunque asustada, obedeces sus instrucciones.

—Muy bien, ya puedes llevarlo a la carpa sin soltar la cadena bajo ningún pretexto. Sé bueno, Caspius, y sigue a Laela. Puedes llevar contigo tu golosina.

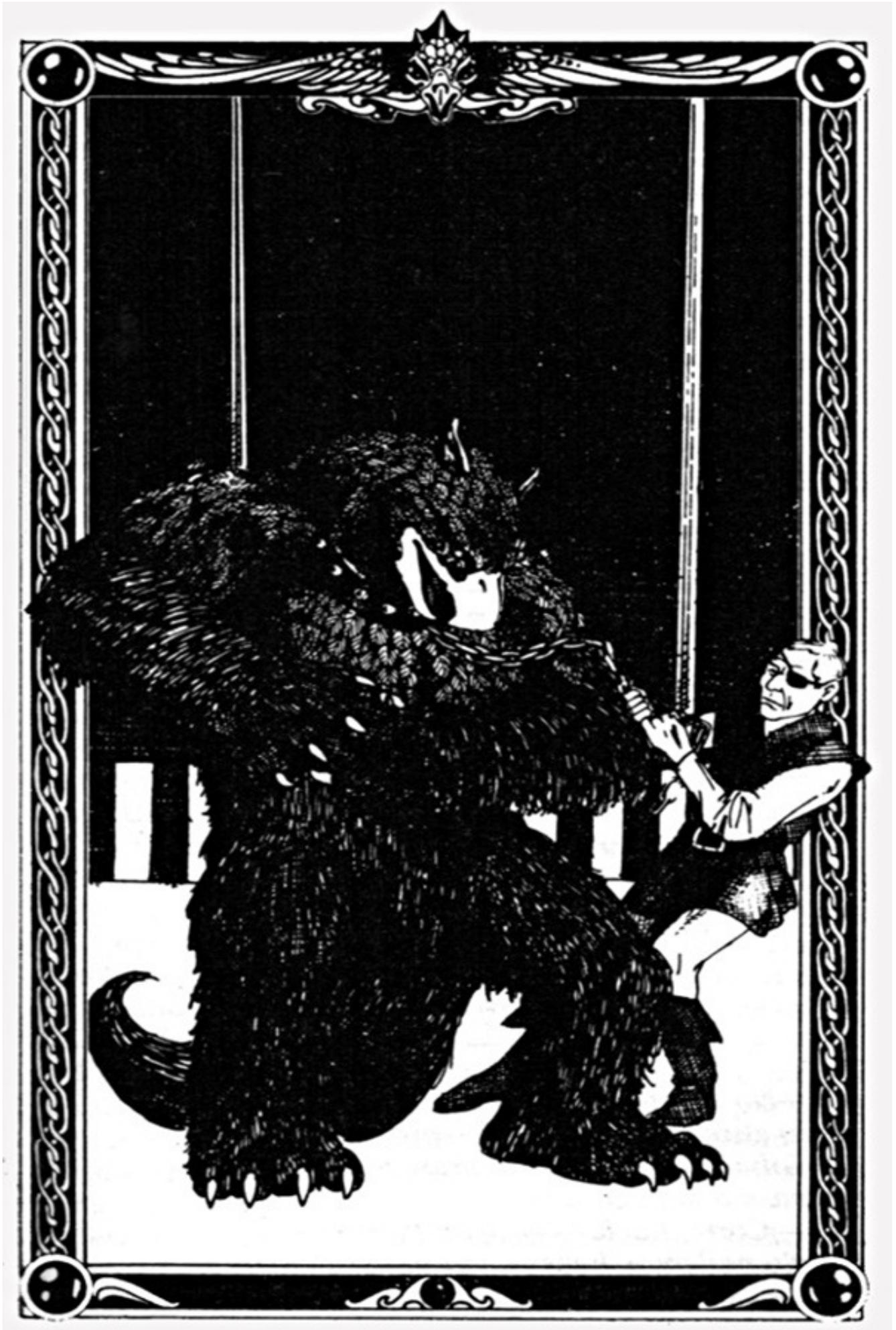
Una vez en la arena, los animales se yerguen imponentes sobre vosotros, con un extraño fuego en sus ojos enrojecidos. Balanceándose de un lado a otro, Brutus baja la cabeza y gruñe a tu compañero.

—¡No le des nunca la oportunidad de hacer eso! —vocifera Romney corriendo hasta la pista y arrebatándole la cadena a Petrus—. Deja que te haga una breve demostración. Laela, sígueme e imita todos mis gestos.

El maestro camina delante del cansino oso-lechuza, haciéndole dar vueltas, al mismo tiempo que ejecuta unos pasos de danza. Te asombra tanta mansedumbre en un animal de tan temible apariencia.

Avanzando por la pista a escasos metros del domador, haces todo lo posible para reproducir sus movimientos. Durante un rato ambos osos-lechuza actúan de forma grácil y obediente. Sin embargo, sin previo aviso, el animal de Romney emite un rugido agónico, clava ambas garras en su vientre y se desmorona.

—¿Qué diablos...? —exclama el instructor, acudiendo presto junto al caído.



La abatida fiera lanza alaridos de dolor, mientras atenaza a su amo con sus descomunales zarpas y lo atrae hacia su macizo cuerpo. No deja de gritar de forma lastimera, mientras estruja al domador en un mortífero abrazo.

—¡Ayudadme, haced algo! —os ruega, medio asfixiado Romney, cuando ve que el oso-lechuza lo acerca con invencible fuerza a su pico abierto.

1. —No te muevas, Laela, lo enredaré en esa red —propone Petrus volviéndose hacia un gran entramado gris, pasa a la página 58.
2. —¡Corre, Laela! —ordena Petrus—. No podemos hacer nada para salvarlo, —pasa a la página 31.
3. —¡Utilizaré la lágrima! —decides, pasa a la página 95.

Avanzada la mañana, Bebiana os sorprende con una asombrosa noticia.

—Creo que es un tremendo error —os anuncia—, pero Bombax quiere que participéis en el espectáculo especial que se ofrecerá al rey esta noche.

—No te preocupes, nuestra torpeza hará que destaquen aún más tus cualidades en el trapecio —dice Petrus.

—Es cierto, no había pensado en eso —responde Bebiana—. Seguid practicando, mientras decido qué atuendo voy a lucir. —El trapecista se aleja, sin dejar de farfullar —: El azul entona con mis ojos, pero el rojo realza el color de mi cabello. Claro que...

—Ignoro qué es lo que ha urdido Bombax —declaras cuando os quedáis solos—, pero al fin se nos ofrece la oportunidad que anhelábamos. Si el rey viene esta noche, debemos hablar con él y explicarle las maquinaciones de ese truhán.

Durante el resto del día ensayáis con ahínco las piruetas que os ha enseñado Bebiana. Al caer la tarde, ambos habéis mejorado mucho.

Bajo la oscilante luz de las antorchas, examinas la carpa, tratando de identificar al soberano.

—¡Ahí está! —exclama Petrus. Sigues la dirección de su índice y ves a un hombre de aspecto cansado, que lleva una corona ceñida a la cabeza. Lo rodean varios guardianes.

—¡Apartaos de mi camino, mocosos! —os ordena desdeñoso Bebiana, que camina en dirección al mástil, seguido por Catcher—. Observad al gran maestro. Quizá aprendáis algo.

Petrus propina a la pértiga unos violentos puntapiés. Aunque no te gusta admitirlo, constatas que Bebiana es soberbio. Estás tan fascinada como el público por las piruetas que realiza con la mayor soltura imaginable.

Sin embargo, poco antes del número final del trapecista ocurre un inesperado accidente. Catcher, habitualmente tan manso y servicial, se incorpora de forma brusca, como impulsado por un resorte, lanzando un gruñido.

Oyes cómo Bebiana insulta al simio y le ordena que ocupe de nuevo su posición.

—Petrus, ¿qué puede haber sucedido? Catcher no suele actuar así.

—¡Laela, mira! —exclama tu compañero por toda respuesta.

En las sombras, a unos veinte pasos de vosotros, se agazapa Bombax. Adviertes

con espanto que ha concentrado su atención en Catcher.

—Petrus —le susurras nerviosa—, presiento que se avecina un serio percance. Debemos impedirlo.

—¿Cómo? No podemos anticiparnos a los hechos, y además quizá nuestra imaginación nos está jugando una mala pasada. Si interrumpimos la actuación de Bebiana, nos matará. Claro que entonces ya no tendremos que preocuparnos por Bombax.

—Pero, si permanecemos impávidos y se lastima, o algo peor, no me lo perdonaré nunca.

1. —Opino que no debemos hacer nada —declara Petrus—. Bebiana no se ha portado bien con nosotros, de modo que no quiero intervenir, —pasa a la página 26.
2. —No puedo quedarme aquí mirando. Intentaré avisarle —decides, pasa a la página 155.

—¿Tenemos que ir nosotros solos? —preguntas nerviosa.

—Por supuesto que no. ¿Para qué están las familias? —responde Helix con una sonrisa.

Unos minutos más tarde, os halláis los tres agazapados detrás de una carreta llena de heno, desde donde veis a la perfección la tienda de la adivina. Sólo tenéis que esperar unos minutos antes de que Petrus susurre excitado:

—Se acercan dos vendedores de maíz.

Sin pronunciar una palabra, observáis cómo las silenciosas figuras lanzan una furtiva mirada a su alrededor y entran en la tienda.

—Ahora vienen Bombax, Clusia y otros dos hombres —anuncias.

Mientras vigilas la tranquila tienda, te invade un extraño frío que te eriza el cabello. Incluso el viento parece estremecerse presintiendo el peligro. Tras unos instantes de tensa calma, Bombax abandona la caseta de *madame* Leone. Su rostro está exultante de satisfacción. Los dos hombres que caminan junto a él se te antojan cambiados, aunque no aciertas a discernir la diferencia.

Unos minutos más tarde, Clusia sale también de la tienda, cargado con los cestos de lo vendedores. Escudriña la zona con la expresión inquieta de un fugitivo y, tratando de ocultar las canastas bajo su capa, se aleja presuroso.

—He visto todo cuanto necesito —declara Helix con tristeza—. A menos que me equivoque, acabamos de presenciar cómo dos personas inofensivas eran absorbidas por unos usurpadores. Opino que ha llegado la hora de convocar una reunión con los miembros del circo. Hay que hacer algo para dismantelar tan siniestras maquinaciones.

—Pero, Helix, ¿acudirán tus compañeros? Quizá no te crean —aventuras.

—Será difícil convencerlos —admite—. La nuestra es una historia peculiar. Sin embargo, los artistas ambulantes suelen unirse frente a un enemigo común, y a nadie le gusta Bombax. Ahora volved junto a Momo. Debe estar preocupada por vosotros —concluye Helix.

—Eso no es justo —protestas—. Queremos ver qué ocurre.

—Reconozco que os asiste cierta razón, pero también yo tengo mis motivos.

—¿Puedes explicarlos? —pregunta Petrus desafiante.

—No pienso consentir que mis hijos se vean mezclados en situaciones peligrosas,

mientras yo pueda evitarlo.

—¿T-tus hijos? —balbuceáis al unísono.

—Eso he dicho, y el significado de mis palabras no puede estar más claro. Por supuesto, también hay que contar con vuestra opinión. —Antes de que termine esta última frase, ambos estrecháis con vuestros brazos su enjuto cuerpo, apretándoos contra él.

—¿Es ésa manera de tratar a vuestro débil padre? —bromea Helix entre sollozos.

Sólo aciertas a sonreír. Por primera vez en tu vida, sabes que la felicidad está cerca.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—Laela, todavía no estamos preparados. Además, los dos pesan demasiado para que puedas sostenerlos.

—Tenemos que intentarlo, Petrus. Siempre he sido fuerte.

Sin perder un instante, te encaramas al mástil y te sientas en el trapecio, mientras Petrus hace lo mismo al otro lado. Flexionas las rodillas y ganas altura a gran velocidad. Por encima de ti, los accidentados se esfuerzan por mantenerse sujetos a la fina cuerda.

Sigues dándote impulso, hasta que los dedos de tus pies rozan la lona a escasos centímetros de la cabeza de Bebiana. Cuando llegas al punto más elevado posible, te dejas caer hacia atrás, soltando las manos de su asidero. Con la parte posterior de tus rodillas aferrada a la barra del trapecio, permaneces suspendida sobre la arena. La sangre se agolpa en tus sienes mientras estiras los dedos y exclamas:

—¡Agarraos a mí!

Catcher tiembla, presa del pánico, y Bebiana parece incapaz de moverse.

—¡Bebiana, salta! Quizás el público piense aún que todo esto forma parte del número.

Tu llamada a la vanidad del trapecista surte el efecto deseado. Con suma cautela, el maestro desciende por la espalda del simio y calcula el ritmo de tu balanceo. Al fin, cuando estás en la posición adecuada, se lanza al aire y cae de tal modo que las manos de ambos se aferran a las muñecas del otro. El peso de su cuerpo te produce una violenta sacudida. Por un instante crees que vais a precipitaros, pero en el último segundo Bebiana te suelta, hace una grácil pirueta y es recogido por Petrus. Ves de soslayo que aterriza en la plataforma y se inclina, haciendo una profunda reverencia.

Reanudas la operación, hasta que te acercas a Catcher lo suficiente para tocarlo.

—¡Vamos, no tengas miedo! —lo animas—. Hemos bajado a Bebiana y haremos lo mismo contigo. —Sin embargo, el simio no deja de convulsionarse.

—Laela, ese animal sólo ha aprendido a recibir al trapecista y no sabe lanzarse —te recuerda Petrus desde su columpio.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Deja que te recoja y yo entraré en acción al unísono —sugiere tu amigo. Aunque con cierta reticencia, accedes.

Mientras Petrus comunica el plan a Catcher, tratas de apaciguar las palpitaciones

de tu corazón. Si la estratagema funciona, si el mono os comprende, todo saldrá bien. Si fracasa, os precipitaréis juntos sobre la pista.

Peligrosa o no, pones todo tu empeño en que la estrategia se desarrolle según lo previsto.

—¡Preparado, Catchet, voy a por ti! —le adviertes, dándote un último impulso. Cuando estás en el punto más alto, extiendes los brazos, farfullas una plegaria y te desprendes de la barra del trapecio, atemorizada.

Como una roca en un derrumbamiento, sales volando por el aire. Cuando empiezas a perder velocidad, sujetan tus tobillos dos garras de acero, al mismo tiempo que Petrus se lanza a tu encuentro. Vuestras manos se entrelazan a la altura de las muñecas. A continuación, Catcher suelta la cuerda y queda suspendido de tus pies; en el instante en que se descuelga, tienes la sensación de que va a quebrarte el cuerpo con su peso.

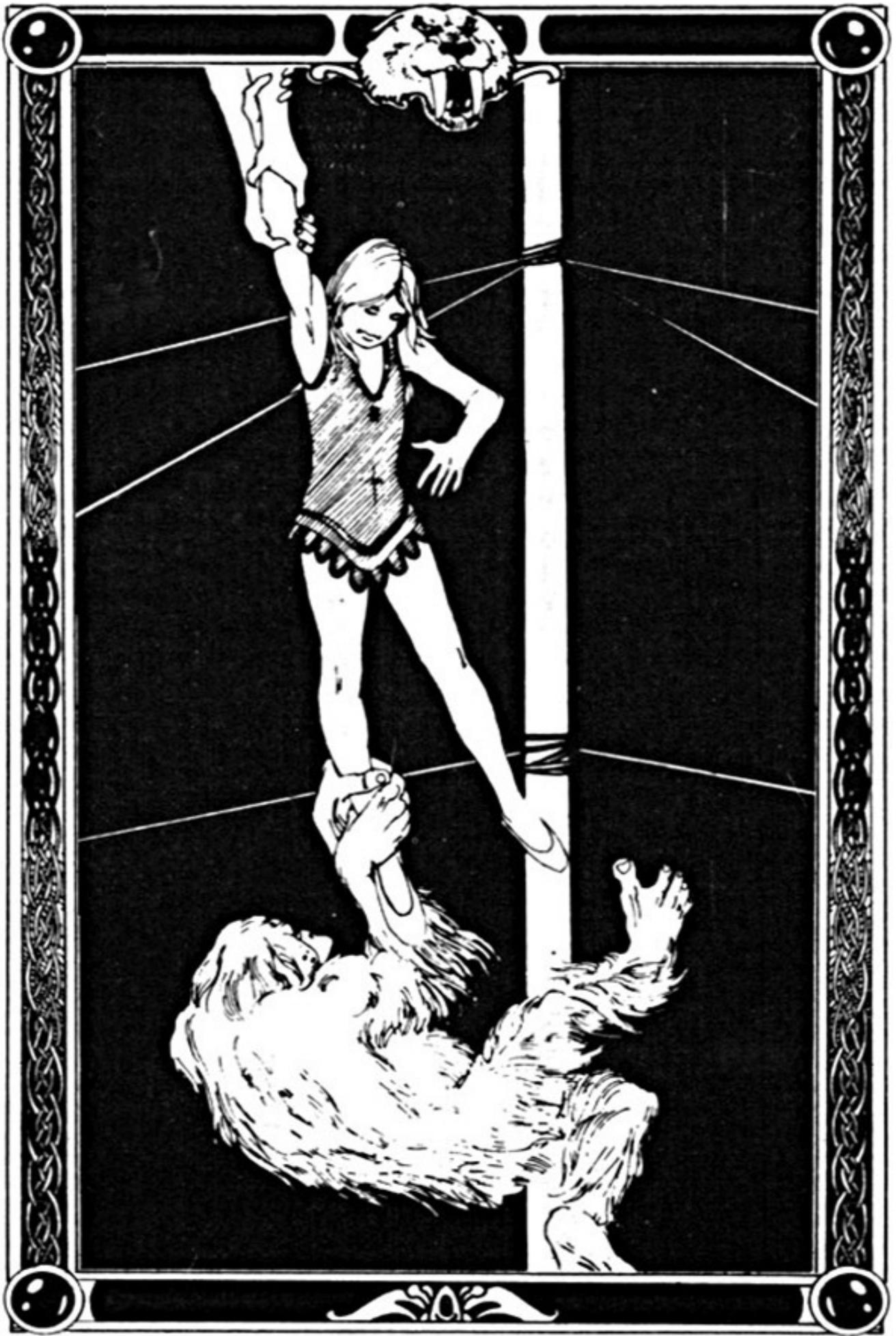
El ritmo del balanceo disminuye, hasta que el trapecio se detiene con la presión de los tres. Cada uno de vosotros se aferra al siguiente en la cadena, incapaz de hacer el menor movimiento.

—¡Estamos condenados! —exclama Petrus.

—¡Pegaso, ayúdanos! —susurras.

El peso de Catcher desaparece de tus tobillos de un modo tan súbito que apenas puedes creerlo. Emites un suspiro de alivio al distinguir a tu lado la argéntea silueta del pegaso.

—Monta sobre mi lomo detrás del simio, pequeña —te susurra tu salvador.



Un segundo equino volador aparece, como por arte de encantamiento, debajo de Petrus. Tras trazar un círculo completo en la lona, ambos-pegasos aterrizan frente al rey.

—¡Excelente! ¡Soberbio! —os felicita el soberano—. Habéis logrado convencerme de que corríais peligro. ¡Qué actuación tan magnífica!

—P-pero, majestad —balbuceas—, era cierto que estábamos en apuros.

—¡Qué necedad! —te ataja Bombax pellizcándote por la espalda—. ¡Por supuesto que estabais sólo representando! El Circo de los hermanos Bombax siempre intenta proporcionar a su público la mayor emoción posible, mezclando lo real y lo fingido, de modo que le resulte difícil distinguir el auténtico riesgo de la pirueta sencilla. ¿Puedo sugeriros que visitéis las casetas laterales? Será para mí un placer mostraros algunos de sus aspectos más insólitos. Incluso podéis hacer que os adivinen el porvenir. Os aseguro que se trata de una experiencia única.

1. Si quieres tratar de atraer la atención del rey para explicarle lo que está sucediendo, pasa a la página 22.
2. Si prefieres esperar para rescatar más tarde al soberano, pasa a la página 124.

—Corre, Laela, quiero estar muy lejos de aquí cuando vuelva Romney —te dice Petrus.

—Creo que cometes un error —respondes, abandonando el carromato—. Pero si quieres partir, no voy a dejarte solo.

—Seguiremos el camino del bosque. Allí nadie nos encontrará —propone tu amigo.

—¿Qué es eso que cuelga de los árboles, Petrus? —preguntas señalando una masa gris que aparece suspendida entre dos troncos sobre la senda.

—No seas cobarde. Se trata de una vieja red que alguien ha puesto a secar —te reprende Petrus.

Sin embargo, y bajo tu atenta mirada, el ceniciento entramado se desprende y cae sobre vosotros, atrapándoos en sus pliegues. Forcejeáis con todo vuestro empeño, pero en vano. La red palpita unos instantes más y de nuevo reina la calma.

—¡Excelente, Clusia! ¡Te felicito por tu trabajo! —declara Bombax saliendo de detrás de un árbol—. Una vez más el «espía» resuelve un problema espinoso sin dejar evidencia de su acción. Fue una lástima que el kamadán no funcionase, pero, como suelo decir, bien está lo que mal acaba... para los otros.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Tocando la lágrima que ahora se ha adherido a tu piel momificada, susurras:

—Pegaso, te ruego que vengas.

Unos segundos más tarde, la lona se abre sobre tu cabeza y el pegaso aterriza junto a ti. La criatura holla el suelo con sus cascos, lanzando nerviosos relinchos.

—No temas, soy yo. Fíjate —le invitas, arrancándote el maquillaje. A medida que la máscara va desapareciendo de tu rostro, resquebrajada en anchas tiras, el pegaso se tranquiliza y empieza a agitar la cabeza en señal de alegría.

—¡Querido amigo, no sabes qué feliz me siento de verte! —exclamas entre sollozos, con las lágrimas prendidas de tus pestañas—. Tienes que ayudarnos. Bombax quiere que unos usurpadores nos neutralicen.

—No podrán hacerlo si no os encuentran. Montad sobre mi lomo —ordena el equino.

Os encaramáis a una silla para obedecerle. Al instante, el pegaso abandona el circo en dirección al cielo nocturno.

En un pico montañoso conoces a Crin Plateada, cabecilla de los pegasos que pueblan Greyhawk.

—Los pegasos rehuimos al hombre —te explica—, porque anidan en su corazón la maldad y la codicia. Pero vosotros habéis rescatado a un entrañable miembro de la manada. Por este motivo os ofrezco la oportunidad de entrar a formar parte de nuestro clan.

—¿A qué te refieres? —preguntas vacilante.

1. —Podéis vivir con nosotros, lejos de los perversos seres humanos, —pasa a la página 79.
2. —Si decides que no puedes abandonar tu mundo, te concederemos un último deseo, —pasa a la página 119.

—¿Por qué tenemos que dormir en el bosque? —protesta Petrus—. Es húmedo y siniestro.

—¿Prefieres estar mojado o muerto? —le espetas, arremangándote la falda.

—Tu planteamiento no nos deja opción —gruñe—. Pero ¿crees que de verdad que Bombax intentará algo esta noche?

—¿Prefieres arriesgarte a comprobarlo?

—No —admite Petrus, y te sigue a regañadientes hacia la espesura.

Cuando encontráis un claro en el sotobosque, os acostáis y os cubrís con hojas. No tardáis más que unos minutos en dormiros.

Estáis tan bien ocultos bajo la manta de hojarasca, que pasáis desapercibidos cuando cuatro sombrías figuras surgen de detrás de los árboles y vigilan el carromato de Bebiana.

—Ni rastro de ellos —dice Bombax disgustado—. Estaba seguro de que los encontraríamos aquí. Debo reconocer que son más listos de lo que imaginaba, pero no importa. Mañana estarán muertos de un modo u otro.

Al despertar, poco después del alba, ves que la caravana está dispuesta para partir.

—Apresuraos si no queréis que os abandonemos —ordena Bebiana con voz desabrida.

Cuando te acomodas junto a él en el pescante del carromato, crees recordar que oíste unas palabras amenazadoras acerca de vosotros, pero decides, aún adormecida, que se ha tratado de un mal sueño.

[Por favor, pasa a la página 131.](#)

Bombax te contempla expectante, zarandeándote el hombro.

—Vamos, habla —ordena—. No te quedes ahí como un pasmarote. ¿Cuál es tu nombre?

De pronto lo empujan por la espalda. Todo su cuerpo se tambalea, y al fin cae al suelo.

Petrus se yergue en actitud amenazadora sobre el postrado propietario circense.

—No, compañero, no era necesario atacar a Bombax —interviene Helix apartando a Petrus—. No quería lastimaros. Debes pensar antes de actuar, es más seguro. —Y el larguirucho artista se inclina para ayudar a su patrón a incorporarse.

—No te ofendas, Bombax. Es una pareja muy compenetrada y Clem ha creído que pretendías maltratar a su hermano.

—¡Maldito monstruo! —te insulta el bribón, sacudiéndose el polvo de su atuendo—. De modo que una pareja de hermanos, ¿eh? —añade, agitando el dedo frente al rostro de Petrus—. Escúchame bien, mequetrefe, no vuelvas a tocarme. Si lo haces, tú y tu horripilante hermano seréis expulsados al instante. ¿Lo has entendido?

Bajo tu tensa mirada, Petrus asiente con la cabeza. Al fin, Bombax da media vuelta y se aleja.

—No sabes lo cerca que has estado de recibir un severo castigo, muchacho. He visto a Bombax matar a un hombre cangrejo por tropezar con él. Debes controlar tus accesos de ira. Con ese individuo no se juega...

[Por favor, pasa a la página 74.](#)

Esperas contra toda esperanza que *madame* Leone no revele a Bombax vuestro paradero. Incluso tratas de convencerte de que, aunque lo haga, el patrón no os causará ningún daño.

Al fin, agotada por el esfuerzo que supone discutir contigo misma, te arrebujas en un rincón y dejas de pensar.

La acogedora calidez del carromato se combina con la penumbra para acunarte con una falsa sensación de seguridad. Sin proponértelo, te sumes en un profundo sueño.

Unas horas más tarde, te despierta sobresaltada el ruido que produce alguien al entrar en el vehículo.

—¿Por qué no os habéis mantenido al margen? —te espeta una voz tan desagradable como familiar—. ¡Teníais que inmiscuiros en mis asuntos! Bien, ya os advertí sobre lo que les ocurría a los entrometidos. Toda la culpa es vuestra. Podéis suponer que no permitiré bajo ningún concepto que arruinéis mis planes.

Antes de que acertéis a debatiros, unos fuertes brazos os arrancan a ambos del carromato. Abres la boca para gritar, pero una mano te la cubre. Mientras te conducen indefensa hacia la negra noche, oyes decir a Bombax:

—Creo que éste era el último obstáculo que me separaba del éxito. Mañana nos convertiremos en los prósperos gobernantes de Greyhawk.

Has tomado una decisión equivocada, aunque quizá aún puedas remediar tu error. Es posible que quede un resquicio de esperanza... ¿o no?

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

—No te muevas y guarda silencio —susurras.

El kamadán se detiene lanzando un rugido. Aunque asustados, Petrus y tú permanecéis estáticos.

Con el vientre apoyado en el suelo, el felino da un paso al frente. Os olisquea a ambos, levantando el labio en una amenazadora mueca, que le permite exhibir sus largos y curvados colmillos.

Suavemente, como si quisieras imitar el murmullo del viento, empiezas a entonar una melodía con la que a menudo has calmado a las fieras más salvajes o a los animales heridos.

El kamadán retrocede con las orejas gachas, adheridas casi a su cabeza. Ves que se agazapa entre gruñidos, asaltado por una súbita indecisión, mientras las serpientes que brotan de sus hombros empiezan a contonearse al unísono. Sus movimientos sincopados siguen el ritmo de tu cantinela.

—Imítame, Petrus —apremias a tu compañero.

Con su voz unida a la tuya, la sedante tonada se prolonga durante unos minutos. El gigantesco felino agita la cabeza y hace ademán de tumbarse, sin dejar de gruñir, presa de la incertidumbre. Pronto la ira se desvanece de sus ojos y empieza a ronronear.

Aún con sigilo, te acercas al fiero animal, recitando frases cariñosas. Te arrodillas al fin junto al coloso, contemplas sus dorados ojos y dices con la mano extendida:

—¡Buen muchacho!

El kamadán estira la cabeza para olfatear tu mano y la lame con su áspera lengua. Unos sonoros ronroneos resuenan en su pecho cuando le acaricias el cuello con la mayor calma posible.

—Vamos, amigo, tienes que regresar —declaras, al mismo tiempo que te levantas y echas a andar en dirección a su jaula.

Una vez has encerrado al animal y asegurado la reja con candado, deslizas la mano entre los barrotes y, dando unas palmadas en el dorso de la amansada fiera, le dedicas unas frases halagadoras:

—Eres el mejor felino que he conocido. Estoy orgullosa de ti. Prometo venir a verte en cuanto pueda.



Al volverte, sufres un sobresalto. Se ha congregado en torno a la jaula un abigarrado grupo de artistas, hombres cangrejo y criaturas monstruosas, todos ellos armados. Te saludan con una estruendosa ovación, acompañada por enardecidos vítores.

—¡Creíamos que ibas a morir! —exclama un hombre cangrejo—. ¡Ese animal es un asesino! ¿Cómo lo has conseguido?

Aturdida por los gritos y por el acoso de la muchedumbre, sólo aciertas a balbucear.

—E-en realidad n-no ha sido nada. Le he tratado como a cualquier otro gato.

—Sabía que poseías ese don —declara Romney abriéndose paso entre el gentío—, pero no imaginaba que fueras a ponerlo a prueba tan pronto.

A continuación, el domador levanta las manos y se dirige a la gente que sigue reunida a vuestro alrededor.

—Agradecemos mucho vuestra ayuda, amigos. Recordad que el espectáculo se iniciará dentro de cinco minutos. En cuanto a vosotros —añade, esta vez mirando a Petrus—, os sugiero que regreséis a mi carromato y tratéis de manteneros alejados de cualquier embrollo.

—Pero... —intenta protestar tu compañero.

—Nada de peros, muchacho —lo interrumpe Romney—. Haced lo que os he ordenado. Las jaulas no se abren por sí solas, de modo que alguien ha provocado este «accidente». No podré concentrarme en mi número si estoy sufriendo por vuestra suerte. Por eso os ruego que volváis a mi carromato, os encerréis y permanezcáis a buen recaudo hasta mi regreso.

[Por favor, pasa a la página 127.](#)

Mientras tus manos continúan deslizándose, recuerdas que no las has untado con resina antes de encaramarte a la escala. Sólo a ti misma puedes reprocharte lo ocurrido.

Sientes que también Petrus está a punto de perder su agarradero en la barra, de modo que desechas tus temores y abres las manos para precipitarte sola al vacío.

Caes en dirección al acechante «espía», doblando tu cuerpo como una pelota y tratando de imaginar que escaparás al monstruo y que aún no ha llegado tu

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Nadie os descubre cuando os deslizáis al exterior y os internáis en el bosque con la mayor celeridad posible.

Más tarde —varios años más tarde— te asomas al sendero de la espesura que se ha convertido en tu hogar y ves pasar al rey Bombax, cubierto de joyas y pieles, en compañía de Clusia y de sus otros ministros de Estado.

—Verás, Petrus —dices, masticando una raíz—, siempre he pensado que tendríamos que haber permanecido en el circo. Quizá los acontecimientos habrían sido distintos y esos bribones no habrían podido utilizar a los usurpadores para apoderarse del reino. Ahora sus súbditos son simples esclavos, y Bombax destruye incluso la tierra en su afán de obtener minerales o joyas. Nunca sabremos si, de haber hablado con el rey, podríamos haber salvado al país.

—Tienes razón —responde tu compañero saboreando una corteza—, nunca lo sabremos.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Durante el resto del día Romney os enseña cómo amaestrar a los grifos y a sus congéneres, los hipogrifos.

Al caer la tarde, vuestro maestro manifiesta su satisfacción y, tras enviar a los animales a su redil, os convoca a su lado.

—Habéis colmado con creces mis esperanzas —declara sonriente—. Puedo aseguraros que si tenemos éxito os aguarda una brillante carrera en el circo. Ahora id a descansar, hasta que suene la campana de la función vespertina. Procurad evitar las complicaciones.

Al fin, unos tañidos anuncian la hora de la representación, y os reunís con Romney en la pista central. Vistes una malla verde selva bajo un jubón de terciopelo. Petrus, por su parte, aparece ataviado en escarlata y oro.

Los ciudadanos acuden en tropel, atestando la carpa.

—Esos dos hombres de atuendo púrpura que se han instalado en el palco central son el alcalde y el gobernador. Tenemos que hablar con ellos —dice Romney.

—Damas, caballeros y niños de todas las edades —exclama Bombax para atraer la atención de los espectadores.

—Petrus, estoy asustada.

—También yo, Laela, sobre todo de Bombax. Pero no te preocupes, lo conseguiremos.

Una fragorosa trompeta precede a la aparición de Clusia, que dice:

—Damas y caballeros, les rogamos que concentren sus miradas en la pista central, donde Laela y Petrus, los más jóvenes domadores del mundo, van a hacernos una demostración de sus espectaculares habilidades con un nutrido grupo de grifos, e hipogrifos que viven en cautividad. ¡Por favor, guarden silencio!

Obediente a las mudas señales de Petrus, el rey de los grifos baja su fiera cabeza emplumada para que puedas rodear su cuello con el brazo. A continuación, el animal te eleva sobre la pista de arena, agitando todo tu cuerpo en un vertiginoso torbellino.

Bajas la mirada. De pronto el suelo se te antoja muy lejano. Las luces centellean más de lo habitual, o al menos tú así lo crees, hasta nublar tu vista y sumirte en un invencible mareo. Sin embargo, cuando tu mano empieza a deslizarse, el grifo se vuelve hacia ti y clava sus ojos en los tuyos. Aunque no habla, se establece una inmediata comunicación entre ambos; se diría que el animal te ha transmitido una

parte de su inquebrantable independencia, desvaneciendo todos tus temores. Con una agilidad que a ti misma te sorprende, te encaramas a la cúspide de su testa y, desechando cualquier pensamiento susceptible de enturbiar tu paz interior, dejas caer tu cuerpo hasta acomodarlo en su pico abierto.

El público ahoga una exclamación cuando ve que tan salvaje criatura te cobija en su curvo y afilado apéndice.

Una lluvia de aplausos acoge la actuación, antes de que seas suavemente depositada a los pies de Petrus y te inclines en una feliz reverencia, que apenas disimula tu orgullo.

—Y ahora, damas y caballeros, esperamos que dos espectadores voluntarios accedan a unirse a la bella Laela en un corto vuelo sobre las tres pistas del Circo de los hermanos Bombax —invita Romney a los asombrados presentes—. Vamos, decídanse. No pueden sentir miedo. Ya han visto la facilidad con que evolucionaba nuestra niña.

Se produce un inquieto murmullo en la carpa, pero nadie levanta la mano para ofrecerse a participar en el número.

—Estoy seguro de que convenceremos a los dos caballeros de las capas purpúreas para que nos acompañen —dice al fin Romney, señalando con el dedo al alcalde y al gobernador.

Ambos dignatarios lanzan una nerviosa mirada a su alrededor, con la confianza de que el artista circense haya distinguido a otros con semejante honor. Entretanto, el público apremia a los elegidos con silbidos y vítores, para que acudan a la inesperada cita.

—¿Qué se propone, Clusia? —farfulla Bombax.

—Lo ignoro, quizá forme parte de una nueva actuación. No creo que signifique nada.

—Será mejor que estés en lo cierto. Por si acaso, ve a buscar a los usurpadores.

—Y ahora, caballeros, les ruego que suban a estos tambores para encaramarse a los lomos de los grifos. Debo insistir en que lo hagan —los exhorta Romney.

No queriendo pasar por cobardes ante tan numerosa audiencia, los dignatarios se arremangan los faldones de sus túnicas y, con sus rechonchas piernas al descubierto, se instalan sobre las temibles criaturas.

—Gracias, distinguidos señores. A continuación, mis compañeros y yo realizaremos para todos ustedes un número de rigurosa primicia mundial.

Deprisa, antes de que las espantadas autoridades cambien de idea, Petrus y tú os acomodáis a sus espaldas, mientras Romney toma las riendas de un hipogrifo. Unos segundos más tarde, las criaturas surcan el aire.

Durante los instantes que siguen, vuestras voladoras monturas trazan veloces círculos en torno a los mástiles, hacen acrobacias aéreas, se lanzan en picado hasta escasos centímetros del suelo, para luego volver a remontarse y tejer intrincadas figuras en la iluminada carpa. De pronto el hipogrifo de Romney lanza un grito de

triunfo y, levantando el vuelo, desgarró el techo de lona para traspasarlo. Sus compañeros se apresuraron a seguirlo, dejando a sus pies a un público boquiabierto.

Los alados animales cortan la brisa nocturna, sesgando las nubes con el ímpetu de su carrera. Al poco rato, y sin previo aviso, inician un vertical descenso hacia la tierra, ahora invisible.

El alcalde emite un alarido de pánico y oculta el rostro entre las plumas del grifo.

Aunque sabes que también tú deberías sentir miedo, no es así. La envolvente penumbra parece entonar en tus oídos una extraña melodía que te acelera el pulso.



Antes de lo que cabría suponer, las orgullosas criaturas dejan extendidas sus enormes alas, y flotan en el suave viento hasta posarse sobre una elevada montaña, lejos de las luces del circo.

—¡Me aseguraré de que estéis muertos antes de abandonar la prisión! —exclama el alcalde bajando a trompicones de su cabalgadura.

—¿Existe una buena razón para actuar como lo habéis hecho? —pregunta, más prudente, el gobernador—. ¿Debemos considerarnos secuestrados?

—Sólo temporalmente, señor. Si deseáis volver al circo después de que os contemos nuestra historia, os llevaremos de inmediato —le tranquiliza Rebus Romney en actitud cortés.

Os sentáis en la cumbre montañosa y procedéis a exponer los hechos a los dos dignatarios.

—¡Una sarta de mentiras! —os interrumpe el alcalde—. ¿Quién podría suplantar una personalidad como la mía?

—Cualquier asno de los muchos que viven en el país —le espeta el gobernador. Y añade, dirigiéndose a vosotros—: Os creo. Esos bribones han urdido un buen plan, que sin duda habría tenido éxito de no ser por vuestra valentía. Ahora, si vuestros corceles acceden a transportarnos, propongo que volemós hasta la capital, a fin de advertir al rey. En cuanto tenga conocimiento de esta conspiración, el soberano reunirá un ejército con el que atrapar a todos los usurpadores que se ocultan en la ciudad. No será tarea fácil, pero puede llevarse a cabo. Por mi parte, pienso encargarme de capturar a Bombax y a Clusia inmediatamente.

—¡No cuentes conmigo! —exclama el alcalde lleno de ira—. ¡Nunca me obligaréis a montar de nuevo en estos buitres! Además, no puedo creer que te hayas tragado esa historia inverosímil. Mañana serás el hazmerreír de toda la región, víctima de una broma astutamente concebida por este grupo de nómadas. ¡Todo el mundo sabe que los artistas circenses son escoria!

—Haz lo que te parezca más oportuno, Boffle. Yo voy con ellos —le ataja el gobernador—. Espero que disfrutes del largo paseo de vuelta al hogar.

Sin intercambiar una palabra más, os encaramáis los cuatro a vuestras dóciles monturas y, virando hacia el limpio viento del norte, emprendéis viaje en dirección a la capital.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

Ignorando a Petrus, te encaramas a lo alto del mástil.

—¡Bebiana, vuelve! —le suplicas—. Está a punto de ocurrir algo terrible.

—Aléjate; de lo contrario, tú serás la víctima de esa supuesta tragedia... y yo quien la provoque —replica el trapecista con un amenazador siseo.

—¿Por qué rehúsas escucharme? —insistes—. Bombax ha hechizado a Catcher. Tanto Petrus como yo lo hemos visto. Vamos, baja.

—Por supuesto que lo haré, pero en su momento. Cuando termine mi número, pienso ocuparme de ti, de Petrus y de ese mono demente. Lo único que sucede es que os corroen los celos. ¡Vete! —concluye enfurecido.

Derrotada, descienes la escala.

—¿Cómo ha reaccionado? —pregunta tu amigo.

—No ha querido creerme y ahora está furioso.

—Te advertí que no serviría de nada —te recuerda Petrus—. Bien, ahora ya lo has avisado. Se tendrá bien merecido cualquier accidente que sufra.

Por alguna razón esa idea no impide que te angusties cuando levantas la mirada para contemplar a las diminutas figuras que evolucionan a gran altura sobre tu cabeza, sin ninguna red que pueda recogerlas en el caso de que algo salga mal.

[Por favor, pasa a la página 26.](#)



Oyes unos pesados movimientos y el crujido del heno. ¡Mamuts! Sin perder un instante, te armas con un leño de las fogatas de campaña y emprendes carrera hacia los imponentes animales.

Mientras contemplas su adormecido balanceo, piensas en su incontrolable temor al fuego. Haciendo acopio de valor, te acercas a ellos sin dejar de vociferar y de agitar tu antorcha.

Unos alaridos de pánico invaden el aire nocturno cuando las colosales criaturas intentan escapar, pero haces caso omiso de su miedo y te apresuras a lanzar el improvisado proyectil. Llega hasta ti el hedor de una pelambre ardiendo, acompañado por un terrible grito de dolor. El mamut herido arranca de un tirón estaca y cadena, iniciando una estampida, en el mismo momento en que recoges la antorcha y la arrojas contra otro de los colosos. Al fin, todos desaparecen en la oscuridad.

Los carromatos se derrumban convertidos en astillas, aplastados por la desbandada. Te aproximas vacilante a un círculo de trabajadores que se han congregado con las miradas en el suelo.

—Será mejor que no lo veas —te dice Petrus destacándose del grupo y obligándote a volverte—. Es Bombax. Me tenía atrapado cuando vinieron los mamuts. Pero, aunque echamos a correr, uno de ellos alcanzó a ese bribón y lo pisoteó hasta despedazarlo. Al percatarse de lo ocurrido, Clusia y los otros truhanes se dieron a la fuga.

—Ya los encontraremos —apostilla Helix—, pero dejad que se encargue Anomura. Momo debe estar muy inquieta. Vayamos cuanto antes en su busca para tranquilizarla.

Le miras a los ojos y comprendes que, a partir de ahora, tu felicidad será completa.

FIN

[Para vivir otra aventura, retorna al principio.](#)

ÍNDICE DE SERES Y MONSTRUOS

Pegaso. Caballo legendario, dotado de alas y de un ligero cuerpo que le permite desplazarse a gran velocidad. Por su naturaleza mágica puede hablar y conceder deseos a los humanos, aunque suele rehuirlos.

Grifo. Animal quimérico con cabeza de águila y cuerpo de león. Sus ojos dorados denotan su gran inteligencia. La mezcla de plumas y de pelambre le confiere una peculiar vistosidad. Aunque pacífico, despliega una fuerza extraordinaria cuando se le provoca.

Kamadán. Felino de enorme tamaño, que se caracteriza por las serpientes que exhibe sobre los hombros como peligrosos tentáculos. Puede matar tanto con sus garras como mediante un hechizo, aunque la música lo amansa, como a todas las fieras.

Oso-lechuza. Como su nombre indica, criatura con cabeza de lechuza y cuerpo de plantígrado. Es pacífico, aunque imprevisible. Su pico y sus zarpas constituyen garras poderosas, poseyendo además la facultad de ver en la penumbra.

Hombre cangrejo. Ser superior, capaz de pensar como cualquier ser humano. Su cuerpo acorazado y sus tenazas lo hacen idóneo para la lucha y también para el trabajo.

Espía. En el circo de Greyhawk, red grisácea que acecha a sus víctimas para, cuando las tiene al alcance, envolverlas en su masa y devorarlas. Su apetito es insaciable y sus acciones rápidas, aunque no puede moverse por sí misma.

Usurpador. Espectro carente de forma definida, que adopta los rasgos de la persona cuya personalidad suplanta. Cuando no toma posesión de otro cuerpo, puede revelarse como una sombra, o bien bajo la apariencia de un esqueleto descarnado.